

El patrimonio cultural en la provincia de Ciego de Ávila (Cuba)

Análisis y propuestas de ida y vuelta

Antonio Ortega Ruiz (editor)



iun
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

EL PATRIMONIO HISTÓRICO Y CULTURAL AZUCARERO

*José Martín Suárez Álvarez**

1. PREÁMBULO

El patrimonio histórico cultural azucarero avileño, resultado de un proceso auténtico, constituye una valiosa fuente para el conocimiento del desarrollo económico, histórico, político, social y cultural de la provincia de Ciego de Ávila.

Y es que la producción cañera azucarera creó en esta región central de Cuba una heredad (tangibles e intangibles) que por su trascendencia merece ser conservada como riqueza acumulada a lo largo del tiempo, hecho que a su vez reafirma la identidad, la memoria histórica del pueblo y por ello se está en la obligación y el deber de preservar y mostrar a la actual y futuras generaciones.

La historia del azúcar en Ciego de Ávila es la más joven del país. Aunque en el siglo XIX en sus tierras se producía azúcar en pequeños trapiches a partir de una mínima fuerza de trabajo esclava, solo dos ingenios denominados Nuestra Señora de la Santísima Soledad y Resurrección, ubicados hacia la porción sur territorial, practicaron en mayor escala la economía de plantación esclavista mediante la explotación de más de 350 negros africanos de diferentes etnias registrados en sus dotaciones. Aún así, fueron insignificantes las cantidades fabricadas del dulce producto si se le compara con otras regiones del país, como para tener valor comercial de interés. Pero no fue así a partir del siglo XX, momento en que la gran penetración económica del imperialismo norteamericano se apodera de la fértil región de La Trocha y numerosos consorcios invierten sus capitales, primero en la compra de tierra y más adelante en el fomento de grandes fábricas de azúcar y redes ferroviarias, favorecidos por las leyes militares dictadas durante los años de la ocupa-

* Centro Provincial del Patrimonio Cultural de Ciego de Ávila.



Imagen 1. Central Cunagua (Bolivia), uno de los más modernos de Cuba en su tiempo. Fuente: Fototeca del Museo Provincial coronel Simón Reyes Hernández.

ción militar estadounidense de Cuba y la imposición a la Constitución de la onerosa *Enmienda Platt*.

Vale destacar que en 1920 varios centrales avileños aparecen en la selecta nómina de los mayores productores de azúcar en el país. Fueron ellos: Stewart, Morón, Cuna-gua, Baraguá y Jagüeyal. Ya en la mencionada década, el territorio sitúa cinco centrales, 29,4 % de los existentes en la Isla, entre los de más capacidad productiva de la nación (Lima, 2016: 4-5).

Hasta 1925 fueron construidos quince centrales azucareros, diez de ellos en el área geográfica que ocupó el municipio Ciego de Ávila (aquí se incluye a Jatibonico que hasta 1914 fue un barrio perteneciente al mismo) y cinco en Morón, entonces términos municipales subordinados a la provincia de Camagüey. Los de más capacidad productiva y avanzada tecnología fueron erigidos y operados por grandes

consorcios yanquis, de los más poderosos del mundo; también invirtieron otros capitales cubanos y extranjeros, destacándose entre estos últimos los de la familia española Falla Gutiérrez. Así la región avileña se convierte en una de las más importantes productoras de azúcar del país.

Este renglón productivo fue el factor primordial y más influyente para el nacimiento, florecimiento y consolidación de una poderosísima red comercial en las ciudades de Ciego de Ávila y Morón, además de su urbanización y arquitectura donde impera el estilo ecléctico en buena parte del área que conforman los centros históricos de ambas urbes, edificadas por una ostentosa pequeña burguesía favorecida por el tráfico de azúcar. Baste señalar que en 1918 entraban diariamente, desde distintos puntos de la Isla y la propia región a la ciudad de Ciego de Ávila, dieciocho trenes colmados de mercancías y pasajeros y lo mismo comenzó a suceder en Morón al quedar inaugurado oficialmente el Ferrocarril del Norte de Cuba al siguiente año, que unía al puerto de Nuevitas con el de Caibarién y más tarde con la ciudad de Santa Clara; tenía su centro y talleres en la pintoresca ciudad avileña. Desde el puerto azucarero de Júcaro, ubicado en la costa sur de Ciego de Ávila, se podía viajar o enviar correspondencia y bultos postales por vía marítima hasta Nueva York mediante un barco procedente de Santiago de Cuba que hacía escala en el mencionado punto costero.

Dentro de ese ámbito van a surgir instituciones culturales que marcan pautas muy significativas en la sociedad, teatros, cines, clubes o Sociedades de Instrucción y Recreo divididas por el color de la piel, posición económica o por la procedencia de los inmigrantes (Colonia española, Centro asturiano, Sociedad canaria, Sociedad libanesa) etc., desaparecidas como tales después de 1959.

Durante el período que duraba la zafra (enero-mayo) afamadas agrupaciones artísticas del ámbito nacional e internacional, circos, espectáculos musicales y agrupaciones de diversos géneros, visitaban con frecuencia las ciudades de Ciego de Ávila y Morón por el dinero que corría en esa etapa productiva y las facilidades que brindaban las comunicaciones, sobre todo las ferroviarias, convirtiéndose ambas plazas en seguro éxito para empresarios y artistas. En 1918 actúa para los avileños desde el teatro Iriondo la mundialmente reconocida artista francesa Sara Bernhart, quien viajó especialmente desde La Habana con la finalidad de recaudar fondos para los damnificados de la Primera Guerra Mundial.

Este contacto directo del público con tan prestigiosas figuras del arte universal y nacional, robusteció la cultura y el gusto artístico en parte de la población. Y seña-

lamos en parte porque no todos tuvieron acceso a esos espectáculos, solo los más pudientes. La inmensa mayoría de las clases desposeídas sufrían en las sombras del hambre y la miseria y no podían asistir a los regios espectáculos. Es válido recordar que fue en el central azucarero y la colonia cañera donde se expresó con más intensidad el carácter brutal y salvaje del capitalismo en Cuba, y Ciego de Ávila no fue la excepción. Zafra y tiempo muerto, así se dividieron los dos períodos principales de la industria azucarera, el último, de más larga duración, caracterizado por el desempleo, las penurias y otros males asociados.

A pesar de las bondades que desde el punto de vista cultural aportó el azúcar, la política de monoproducción y monoexportación fue muy perjudicial para la economía del país al depender de un solo producto, obligando a realizar las transacciones comerciales a base del dulce grano y sufrir las consecuencias negativas de los precios fluctuantes que siempre mostró el Mercado Mundial o las injustas medidas e imposiciones comerciales de los Estados Unidos, su principal comprador.

Con el triunfo de la Revolución todo comenzó a cambiar. Fue eliminada la explotación del hombre por el hombre y se nacionalizó la industria azucarera. Las zafras aumentaron los días de duración, se eliminó el desempleo, se ampliaron las capacidades industriales, las áreas cañeras y se enfrentó un plan perspectivo hasta 1970. Fueron creados espacios para el disfrute educativo de todo el pueblo con la creación de escuelas, bibliotecas, círculos sociales obreros, cines, teatros, casas de cultura, museos; en fin, toda una infraestructura nunca antes vista ni soñada, junto a la construcción de decorosas viviendas.

A partir de la creación de la provincia avileña en 1976 esta quedó conformada por diez municipios y vale destacar que solo en uno de ellos, Florencia, no se practicó la producción azucarera, lo que denota la gran influencia que ejerció esta experiencia productiva en la historia y la cultura en general de la población avileña y en el nacimiento de los llamados bateyes de los ingenios y colonias cañeras, asentamientos poblacionales que transformaron el entorno del paisaje antiguo al introducirse en el ambiente olores, ruidos desconocidos hasta entonces, la energía eléctrica y su luz acompañante, pitos, sirenas, campanas, cantos de trabajo, vocabulario productivo, hábitos y costumbres alimentarias con predominio del uso y abuso de azúcar en la repostería y otras formas de consumo del jugo azucarado.

Es imposible en tan corto espacio mostrar todo el universo acaecido en el fabuloso mundo de los centrales azucareros avileños, patrimonio transmitido de gene-

ración en generación y que a partir de los años finales de la década de los noventa del pasado siglo, con la llegada del llamado *Periodo Especial*, comenzó a correr el riesgo de desaparecer al verse obligado el país, por razones económicas muy adversas y conocidas, a paralizar y dismantelar más del 60 por ciento de las fábricas azucareras y en el caso específico de Ciego de Ávila, cinco de ellas: Venezuela, Orlando González, Bolivia, Máximo Gómez y Patria o Muerte. No fueron estos los nombres con que nacieron pues al ser nacionalizados en 1960 se les cambió el mismo y para evitar confusiones señalaremos por los que se les conoció desde el nacimiento siguiendo el orden anterior: Stewart, Algodones, Cunagua, Punta Alegre y Patria. Tan nefasta experiencia había sucedido ya en el territorio durante la crisis económica que azotó al mundo capitalista a partir de 1929, momento en que fueron demolidos, curiosamente también, cinco centrales nombrados Santo Tomás, Jagüeyal, Pilar, Ciego de Ávila y Velasco.

A raíz de la política de redimensionamiento de la agroindustria azucarera en la primera década del siglo XXI, se hizo necesario establecer una política que permitiera la perdurabilidad de los elementos patrimoniales relacionados con el azúcar. En la actualidad solo producen azúcar crudo cuatro fábricas en todo el territorio: las de Ciro Redondo, Ecuador, Primero de Enero y Enrique Varona, verdadero trauma socioeconómico. En cuanto a los derivados quedan una refinería, una destilería productora de alcohol y ron, fábrica de tableros y se construye, anexa al Ciro Redondo, una planta de generación de corriente eléctrica de 30 MW, a partir del bagazo de la caña y el marabú que estará conectada al Sistema Energético Nacional

Por estas y otras razones centraremos nuestro análisis en el primer central azucarero con que contó la actual provincia de Ciego de Ávila en los inicios del siglo XX, bautizado por los pobladores desde sus inicios como «El orgullo de La Trocha», el central Stewart (Venezuela), actualmente dismantelado pero que nos permite desde su escenario una mirada y examen de lo acontecido de forma general en el resto de los territorios donde reinó la «santa caña de azúcar», como gustaba llamar a la benévola gramínea un amigo y compañero que ya no está entre nosotros, el ingeniero Miguel Lima Villar, benefactor de la cultura azucarera avileña.

Gracias en buena parte al Maestro de Azúcar Lima Villar, Ciego de Ávila es la provincia más destacada del país en cuanto a la realización de los eventos teóricos del Patrimonio Histórico Azucarero al efectuarse veinte ediciones a nivel provincial y presentarse más de 300 ponencias caracterizadas por un alto rigor científico,

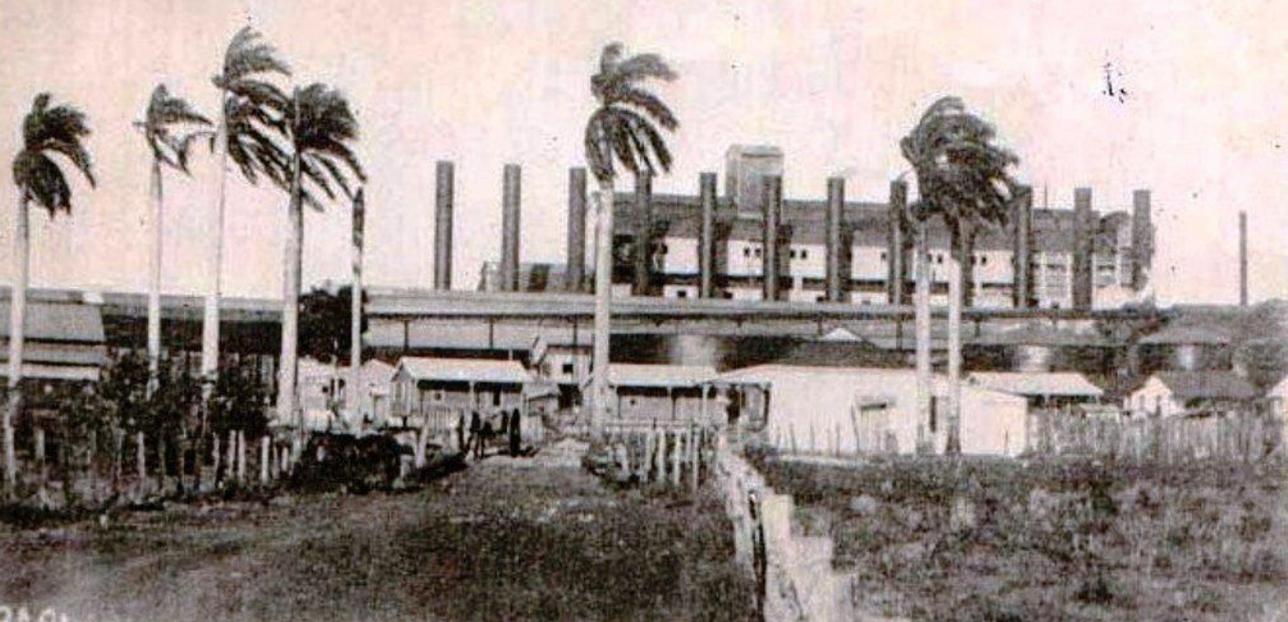


Imagen 2. Así nació el «Orgullo de la Trocha». Fuente: Obra Científica del municipio de Venezuela (1902-1952).

varias de ellas premiadas en los encuentros nacionales, una forma de contribuir al conocimiento, divulgación y toma de conciencia ante la imprescindible tarea de salvar una legítima herencia que es orgullo del pueblo avileño.

El mencionado evento es el de mayor data y trascendencia sociocultural dentro del sector azucarero de la provincia y del país, instituido desde el año 1999 y se mantiene hasta el presente. Tuvo su antecedente histórico en el encuentro anual de la Maestría de Azúcar, iniciativa introducida y dirigida por el mencionado ingeniero con el objetivo de elevar la eficiencia industrial, sensiblemente deteriorada con la correspondiente pérdida económica de millones de pesos en cada zafra, y asimismo elevar la profesionalidad técnica y por ende rescatar el prestigio del que siempre gozaron obreros y directivos vinculados directamente al proceso de fabricación del azúcar; al mismo tiempo, estimular aquellas personas que dentro del sector y fuera de él, contribuyan con resultados medibles a enaltecer los valores más significativos de la producción, la eficiencia fabril y la historia y cultura azucarera en general en todo el ámbito provincial, única experiencia en Cuba iniciada en 1991 y que con vida activa se mantuvo hasta el 2003, aunque de forma honorífica aún se continúa estimulando a aquellas personalidades que contribuyan, además, a la salvaguarda, defensa, conservación y divulgación del patrimonio azucarero. Este evento, organizado desde la base, constituye un insustituible medio para

la divulgación y toma de conciencia pública de la necesidad de proteger la historia y la cultura tangible y espiritual que aportó la producción azucarera en bateyes de centrales azucareros y colonias cañeras de Ciego de Ávila.

Para estimular el trabajo desplegado por la provincia, en dos oportunidades se le ha concedido la sede del evento nacional tal y como lo recogió la prensa (Martínez, 2013: 3).

Como puede apreciarse se aborda un universo de temas y las investigaciones, amén de ser divulgadas por los medios de difusión, pasan a engrosar los fondos de la Oficina Institucional que organiza el encuentro y las publica en su página digital, además, se atesoran en el Museo Provincial y en el Archivo Histórico a igual nivel, lo que posibilita que el público tenga acceso a la información y sobre todo sirva como fuente de consulta a los estudiantes de diferentes niveles y a las personas interesadas en el contenido.

Consideramos que lo expresado hasta aquí es suficiente para adentrarnos sin más dilación en algunos aspectos del interesante mundo que aportó la producción azucarera a la historia y la cultura de la provincia de Ciego de Ávila.

Damos las gracias por brindarnos esta posibilidad.

2. RAÍCES ESCLAVISTAS. LAS PERVIVENCIAS CULTURALES

Como espacio de concurrencia, la cultura azucarera avileña tiene hincadas sus raíces en el pasado colonial desde que carabalíes, congos, mandingas, ararás y hasta chinos, doblaron sus espaldas para calmar la sed financiera de condes y coroneles procedentes de las villas de Puerto Príncipe y Trinidad, propietarios de los dos ingenios más importantes y productivos del Ciego de Ávila decimonónico: Nuestra Señora de la Santísima Soledad y Resurrección, ubicados hacia el sur del territorio, calificativos que contribuyeron a endulzar el repertorio topónimo religioso en la región. En ellos brotaron los primeros destellos de lo que más tarde sería un casi indestructible vínculo que influiría sobre la vida de hombres, mujeres y niños, realizando la identidad, el orgullo patriótico y la rebeldía.

Al sonido del látigo y de las campanas que marcaban interminables jornadas, frente al trapiche moledor y los fogones donde hervía a borbotones y se concentraba el guarapo contenido en las pailas, se unía el tambor africano. A la caden-

cia y compás de su contagioso repiqueteo, ora escondidos en el barracón ora al aire libre, bailaban los negros sus danzas con movimientos sensuales, lamentándose en silencio porque se pretendía cambiar a sus orichas por dioses blancos que para ellos nada significaban, o la obligación de elevar plegarias al cielo en lenguaje que no entendían, a pesar de haber sido bautizados y convertidos en cristianos a la fuerza.

La imperiosa necesidad de nombrar las cosas nuevas, de describir descubriendo los contextos que a cada paso aparecían en la horrible plantación, robusteció la expresión que se hizo perdurable, cotidiana, a través de una constancia repetida donde significados y significantes se cubrían de nuevos ropajes al calor de las faenas productivas. Así la manufactura azucarera quedó influenciada por una aureola casi mística, donde gestos, sonidos, tacto, olfato y vista fueron determinantes en el universo productivo, lo que generó una práctica *sui generis* de mucha influencia en la vida cotidiana de la gente, tanto en su aspecto material como espiritual de la que, claro está, no escapó el lenguaje.

2.1. El lenguaje

De esa manera algunos términos azucareros se asociaron al poder o la autoridad. En los ingenios se acostumbraba a entregar raciones de tasajo y bacalao a los esclavos para que estos las cocinasen en los barracones y una persona era la encargada de tal menester. Pues bien, de ahí provienen las expresiones «el dueño del bacalao», «el que pica el bacalao», «el que parte y reparte se lleva la mejor parte». El tasajo fue, durante el siglo XIX, el alimento exclusivo de los negros esclavos en los ingenios, sin embargo, después de concluida la Guerra de los Diez años, servido con arroz congrí y boniato, se convirtió en plato típico nacional.

El ingenio Resurrección o Las Coloradas como también se le llamó, perteneciente primero al Conde de Villamar y a partir de 1847 a la rica familia de los Valle Iznaga, fue uno de los ingenios donde los esclavos consumieron mayor cantidad de carne vacuna en su alimentación. Se calcula que aquí se sacrificaban 2,5 reses semanales, correspondiendo una cuota de 220 gramos diarios *per cápita*, cifra extremadamente alta en comparación con otras plantaciones del país (Moreno, 2014: 55).



Imagen 3. Torre en ruinas del ingenio Resurrección. Fuente: Fototeca del Museo Provincial coronel Simón Reyes Hernández.

Claro está que ello no obedecía a una gentileza caritativa de los dueños sino a que la carne de res era en aquellos tiempos menos importante y más barata desde el punto de vista comercial que el cuero y este último lo vendían de forma clandestina por el litoral del sur con las posesiones inglesas y de otras naciones del Caribe. Los sacarócratas fomentaron, muy cerca de la plantación, una salina natural y un muelle en las inmediaciones de la ensenada de Sabanalamar (costa sur de Ciego de Ávila) con el propósito de curar y exportar los cueros, así como elaborar el tasajo para alimentar a los negros de la dotación y enviar parte del mismo para su comercialización con el Valle de los Ingenios en la región trinitaria, hoy Patrimonio Mundial de la UNESCO. Esto puede explicar en parte el porqué del escaso desarrollo azucarero de la región avileña durante los años coloniales; es decir, los poderosos hacendados trinitarios necesitaban de una región natural que les suministrara bue-

yes para mover los trapiches y el tasajo para alimentar a sus esclavos, y de esa forma impusieron un «bloqueo» (para llamarlo de alguna forma) de maquinarias y tecnología sobre Ciego de Ávila (Suárez, 1989: 15).

Dentro de la rígida organización de las plantaciones esclavistas, el tañer de las campanas marcaba las sesiones de trabajo, y los sonidos se convirtieron en el lenguaje común que todos tuvieron que aprender en el continuo ritmo de las tareas interminables. Así adquirieron su valor simbólico. Igualmente, aquellos seres humanos arrancados alevosamente de sus tierras se vieron obligados a aprender, a golpe de látigo, nuevos vocablos ajenos totalmente a sus idiomas o dialectos originales. A la fuerza se les obligó a dominar la terminología técnica del ingenio y palabras solo utilizadas para el brutal trabajo diario.

El código de la campana fue el inicio del lenguaje, opresor, ultrajante «[...] del mismo modo que no se concibe una iglesia sin campana, tampoco hubo ingenios sin ella. El campanero no tuvo que aprender los complejos y variados toques de la liturgia católica, solo los que el esclavista pasaba del ritual a sus necesidades de control productivo» (Moreno. *op. cit.*: 2). Más adelante veremos cómo la campana dejó su huella en el habla comunitaria.

En lo referente al glosario sexual practicado en la actualidad, puede afirmarse que gran parte de él se originó en los ingenios. Cuando la explotación alcanzó su máximo apogeo durante la economía de plantación, surgió la idea de apartar a los esclavos. La peligrosa diferencia entre mujeres y hombres separados por sexo en los barracones creó un tenso clímax de represión canalizado hacia la masturbación, la homosexualidad y una obsesión sexual expresada de diversas formas: juegos, cantos, bailes. Muchos de los cuentos eróticos que aún se escuchan, tienen su origen en los ingenios, donde también nació la infundada tesis de la inmoralidad de la negra y la lujuria de la mulata, todo determinado por el oprobioso régimen y no por el ancestro africano como se pretendió explicar por las clases explotadoras a lo largo de la historia.

De origen nítidamente azucarero son, entre otros, los siguientes términos empleados en la manufactura colonial, incorporados después al léxico sexual y que, como hemos afirmado, mantienen su vigencia: palo, clavar, «moler la caña», «sonar la linga», (hacer el amor, coito); tumbadero (casa de prostitución o de citas amorosas); «botar paja», «escupir guarapo», (masturbación); mandarria, leña, macana, bejuco, machete, hierro, cuero, tronco, tallo, puya, pito (todos se asocian al pene); bollo,



Imagen 4. La campana, símbolo del lenguaje azucarero. Museo Provincial Azucarero del central Patria.

papaya, semilla, papo, carioca, culo, culote, culón, trastienda, paila, (vinculados a la vulva, el ano y las nalgas); «bajar al pozo», chupar, mamalón, «fumar tabaco», (sexo oral); «despachar por la trastienda» (sexo anal).

Por su parte la terminología de los castigos físicos también pasó a ese vocabulario, siendo muy frecuente escuchar las expresiones: «cuerazo», forma habitual de llamar al latigazo, que se transforma, a su vez, en coito; también es común en el habla popular oír «echar un cuerazo», «dar un cuerazo», «tremendo cuerazo». Bocabajo, escarmiento típico en el ingenio, pasa a significar posición sexual, siendo habitual la frase «ponte bocabajo», «dar un bocabajo» o «echar un bocabajo». Como se puede apreciar el rito oral del castigo se transformó en lenguaje ritual del sexo.

Sonar, verbo empleado en su acepción de pegar, adquirió igualmente el sentido de coito, a través de la manifestación «sonar el caballo», «sonar el cuero», «sonar

un latigazo», «sonar el hierro», «sonar la caña», mientras clavar, acción de golpear con el martillo un clavo sobre la madera u otro objeto, se transfiere también para identificar relación sexual.

La baja fecundidad de las negras esclavas era la consecuencia lógica del régimen de trabajo inhumano y ellas sé autoimpusieron un rígido control de natalidad, reviviendo y generando todo tipo de prácticas abortivas. Las experiencias anticonceptivas de estas mujeres tenían un primitivo origen cultural. Por ejemplo, la pócima preparada con el fruto y hojas de la papaya (*canica papaya*), llamada también *fruta bomba*, fue tan usada que el término papaya se tornó sinónimo de vulva (Moreno, *op. cit.*: 36-37). Otra medida a la que acudían las infelices mujeres para evitar la procreación de hijos esclavos fue la experiencia del coito anal.

2.2. El uso de las plantas y la medicina natural

En la cultura de las comunidades azucareras avileñas destaca sobremanera el papel desempeñado por árboles y plantas en general, algo muy importante a lo largo de la historia, insertándose en la vida de las personas asentadas en las mismas, gracias a la inicial influencia africana.

Para la vida de los creyentes y no creyentes, árboles y plantas son seres dotados de alma, inteligencia y voluntad, como todo lo que nace, crece y vive bajo el sol y afirman con vehemencia que cada hierba o raíz tienen su dueño y con sentido de propiedad perfectamente definido. Por eso, se dice, que «al monte hay que pedirle permiso y pagarle religiosamente cuanto se saque de él con tributo debido». Y es que los árboles y hierbas en el campo de la religión o en el de la medicina popular, responden a cualquier demanda. Todo nació en la plantación esclavista, al sopor-tar en silencio durante las noches las fiebres y calenturas en el inmundo barracón; ante las picadas y anidamiento de las insoportables niguas que chupaban la sangre sobre los pies descalzos, originando un escozor inaguantable y dolor indecible ante cada pisada sobre la tierra; en la piel lastimada por el látigo de cuero de manatí o de la llaga purulenta producida por el grillete; ante la contusión del filoso machete o el rompimiento de los huesos al introducir los bultos de caña en el trapiche mole-dor; contrarrestando las horribles quemaduras y ampollas producidas por la mela-dura hirviente (Moreno, *op. cit.*: 74-75).

Durante la estancia en el palenque, la necesidad hizo que los elementos de la vegetación circundante fueran considerados agentes preciosos para la supervivencia, aliados de la salud y de la muerte, conocidas sus virtudes curativas junto a la atribución de los poderes mágicos de que estaban dotados. Durante muchos años, las boticas no pudieron hacerle una competencia decisiva a la botica natural que muchos tenían y aún tienen al alcance de la mano, en el matorral más próximo, con nombres pintorescos de las hierbas más vulgares. De esa manera cualquier mujer en el batey, blanca o negra, creyente o no, indicará una serie de hierbas que le inspiran más confianza que los medios de los farmacéuticos en los que no actúa un poder espiritual.

Ante la carencia de asistencia médica y hospitales, muchas negras esclavas y descendientes de ellas realizaban con asombrosa pericia las prácticas obstétricas en la asistencia de los partos, amamantaban al recién nacido, cuidaban de la alimentación de la parturienta y empleaban con efectividad el uso de la medicina *verde*, mostrando amplios conocimientos sobre las propiedades curativas presentes en la flora tropical y traspasando sus conocimientos empíricos a las criollas. De esa manera actuaron en los bateyes y colonias cañeras las comadronas, de huella imborrable en la memoria comunitaria por su sabiduría y noble profesión.

Algunas prácticas implementadas desde antaño tuvieron su origen en la observación de la realidad cotidiana del medio y, en otras ocasiones, en creencias sin fundamento científico pero muy arraigadas. Por ejemplo, era y aún es creencia generalizada por muchas personas en el batey que la ingestión de guarapo aumenta considerablemente la producción de espermatozoides en el hombre y de leche materna en los pechos de las mujeres; también en ese sentido se recomienda por la farmacopea popular la ingestión por las mujeres de cocimiento a partir del bejuco del boniato. Como es de suponer, ciertas prácticas conllevaron terribles desenlaces hasta que la ciencia demostró su ineficacia y las hizo dormir el sueño eterno: con el nombre de «el mal de los siete días» se conocía al tétano del recién nacido, cuya incubación es de alrededor de una semana (de ahí su nombre) y que se contraía, generalmente, debido a la costumbre de emplear telas de arañas en la cura del ombligo y de atar con pabilo el cordón umbilical. El eminente sabio cubano Dr. Carlos J. Finlay, comprobó científicamente la relación directa entre el pabilo y la infección tetánica y a partir de ese momento fueron empleados otros procedimientos.

Poco conocido resulta el hecho de que el plátano no fue solo una vianda alimenticia apreciada en las dotaciones esclavas donde se consumía verde o maduro.

También sus hojas se utilizaron en el proceso productivo, pues con ellas se fabricaban los taponos que se colocaban debajo de los cucuruchos para que la miel no escapara durante la purga artesanal. Independientemente de la presencia de sustancias astringentes en su composición vegetativa como la bananina, en el habla popular figuran frases muy recurrentes ante la presencia de diarreas: «Fufú de plátano verde, tapón seguro», «Plátano verde, culo que no caga», como también oír recomendar a las ancianas cuando un niño padece de ese mal «Dale un caldito de plátano verde para que se tranque de a viaje». En las prácticas culinarias, aún se mantiene el uso de la cáscara y hojas de la *fruta bomba* verde para ablandar granos y frijoles durante la cocción.

Como norma, en los ingenios se daba solamente dos comidas diarias, no había desayuno y por ello se estableció la costumbre de ofrecer un trago de aguardiente a cada esclavo al levantarse en las mañanas. Pues bien, de ahí nacieron las frases utilizadas por padres y abuelos cuando se encontraban con amigos en el batey, sobre todo los domingos, y manifestaban: «Te invito a tomar la mañana», «Vamos a darnos la mañana», «Está muy bueno el día para tomar la mañana» La costumbre esclavista de no desayunar persiste aun en grandes sectores de la población y a muchas personas les basta tomar una pequeña taza de café al levantarse.

Es cierta en su origen la idea que aún perdura en la población de que el azúcar es un vínculo transmisor de parásitos intestinales. La explicación está en el hecho de que en los ingenios y trapiches coloniales la purga del azúcar se hacía con barro preparado en un gran hueco circular, a manera de noria, donde era pisado por los bueyes y los negros con sus pies descalzos e infestados de niguas. También los animales dejaban en él sus excrementos, orina y sudor. Luego el fango se colocaba sobre los llamados panes de azúcar (especie de cucuruchos) a través de los cuales filtraba el agua, introduciendo al mismo tiempo toda una flora bacteriana tropical sobre la miel y los granos (Moreno, *op. cit.*: 55). He ahí la asociación entre el azúcar y los parásitos intestinales que se escucha desde tiempos inmemoriales; increíblemente aun hoy se oyen expresiones como «A los niños no se les debe dar azúcar prieta porque cogen “bichos”».

Por su parte el trabajo extensivo fue engendrando en los esclavos una especial conciencia del subsistir por el mero subsistir y después de más de 200 años todavía pesa en determinados grupos de la comunidad, manifestándose en las frases populares: «El problema aquí no es morirse», «Lo que importa es sobrevivir, lo demás

no importa», «Aguanta hoy, mañana será otro día», «No cojas lucha», «El trabajo lo hizo Dios como un castigo», «La pincha dura es para los bueyes», «El curralo no se hizo para mí».

Fue así, cubierta de sinsabores y sufrimiento, que tuvo su nacimiento la historia y la cultura azucarera en el territorio avileño, todo envuelto en un ambiente trágico, contradictorio y a la vez, preñado de un olor dulzón que penetraba hasta el tuétano.

3. «EL ORGULLO DE LA TROCHA», UN SÍMBOLO DE LA CULTURA AZUCARERA

Como ya se ha mencionado al principio, aunque el cultivo de la caña y la producción de azúcar tienen en la región avileña un tímido origen relacionado con la colonia española y el esclavismo, la verdadera explosión de la agroindustria azucarera se producirá fundamentalmente en los primeros años del siglo xx, relacionada con la ocupación y el capital norteamericano. Y es en ese contexto en el que hará su aparición uno de los centrales más importantes y que más huella ha dejado en estas tierras: el central Stewart. Su importancia justifica dedicarle un capítulo específico.

La vida me otorgó el privilegio de nacer, vivir y trabajar en el batey del central azucarero que los avileños llamaron con presunción «El Orgullo de la Trocha», primero de los edificadas en la actual provincia de Ciego de Ávila cuando apenas abría sus puertas el siglo xx (1906), administrado en sus inicios por el mayor general del Ejército Libertador y más tarde Presidente de la República de Cuba José Miguel Gómez. El coloso, uno de los más grandes de Cuba y el mundo en su tiempo, fue enclavado en el entonces barrio de Villamar, al sur del término municipal de Ciego de Ávila. Distaba quince kilómetros y medio del puerto de Júcaro, muy cerca del paradero del ferrocarril de la antigua línea militar española de la Trocha, bautizado oficialmente como Quince y Medio, donde floreció una pintoresca comunidad como consecuencia de la producción azucarera. La ciudad de Ciego de Ávila distaba unos dieciséis kilómetros de la instalación fabril y se llegaba a ella por dos vías: un polvoriento camino, intransitable durante la época de primavera, y el mencionado ferrocarril de Júcaro a Morón. Su primitivo nombre fue Plantación Azucarera Silveira, después pasó a denominarse central Stewart y al ser nacionalizado en 1960 Venezuela, homenaje de su gente trabajadora a la patria chica del Liber-



Imagen 5. Central Stewart. Década de los cincuenta, siglo xx. Fuente: Obra Científica del municipio de Venezuela (1902-1952).

tador de América. Perteneció a grandes consorcios yanquis como la Stewart Sugar Company, la Cuban Cane Sugar Company y por último a la Compañía Azucarera Atlántica del Golfo.

La región avileña permanecía prácticamente despoblada, apenas algo más de dos habitantes por kilómetro cuadrado según el Censo de 1899 (de las más bajas del país) y al anunciarse la construcción de la fábrica azucarera se produjo un flujo inmigratorio sin precedentes. Ahora serían matanceros, villaclareños, camagüeyanos, avileños, chinos, haitianos, jamaicanos y de otras partes del Caribe anglófono y francófono; canarios, peninsulares, norteamericanos, ingleses y hasta hindúes, los que se entremezclaron, y de esa mixtura, tras un lento y traumático proceso apareció el ser portador de identidad cuya cultura asimilada le permitió actualizar valores

e intereses, acoger elementos compatibles con su propia idiosincrasia y continuar un proceso de creación con expresión de conocimiento y autoconciencia, escudo protector ante la invasión de antígenos propios del mundo moderno. Similar fenómeno ocurrió en el resto de los centrales azucareros.

A las 2:45 de la tarde del dieciséis de febrero de 1908 comenzaba el central Stewart a triturar los primeros bultos de caña; el guarapo y la meladura que el vapor hace trepidar en los aparatos y tachos cristaliza y a la par del grano nace una cultura permeada por una aureola casi mística. Ya poseía el coloso más de quinientas caballerías de tierras fraccionadas en colonias, donde señoreaban extensos plantíos de la gramínea de verdes hojas repletas de clorofila que el viento mueve a su antojo; cien kilómetros de ferrocarril propio, de vía ancha, bordean las zonas de cultivo y numerosas grúas trasbordadoras de la materia prima, situadas estratégicamente. Entre guardarrayas polvorientas marchan lentamente las carretas tiradas por bueyes que cogen el trillo para llegar puntualmente a la grúa con la carga de cientos de arrobas de caña que serán pesadas, estibadas y colocadas sobre los carros ferroviarios para ser enviados al central mediante el tren arrastrado por vistosa locomotora. Nacía también una identidad y cultura agraria.

El Stewart empleó en su primera zafra a tres mil quinientos braceros y solo produjo 69 462 sacos de 13 arrobas debido a grandes incendios en los cañaverales, mientras el primero de abril de 1908 el barco *Herbert Horn*, propiedad de la compañía Munsson Steamship Line, cargó en el puerto de Júcaro el primer embarque de azúcar consistente en 21 000 sacos con destino a los Estados Unidos de América.

El histórico fondeadero jugó un papel decisivo en aras de la consolidación de la industria azucarera avileña, toda vez que facilitó la comercialización hacia y desde el exterior de los centrales enclavados en la región. Por Júcaro no solo salía azúcar y miel; se importaba el carbón de piedra para las locomotoras, rieles y traviesas para el sistema ferroviario de los ingenios, petróleo crudo, cemento, sacos de yute y otras mercancías. No menos importante fue el comercio de cabotaje y la extracción de arena de los cayos adyacentes, árido imprescindible para las construcciones. Del mar se sacaban, además, cientos de toneladas de pescado como base para la alimentación de toda la zona, actividad que se convertía para muchos portuarios en fuente de empleo durante la inactividad azucarera del puerto, a pesar de estar sometido el negocio a una inicuca explotación. Júcaro significaba una fuente de ganancia para las compañías azucareras por su cercanía a los centrales, casi todos construidos a poca

distancia de la vía férrea, aunque estas tuvieran que pagar el flete correspondiente a los ferrocarriles que eran los que dominaban las operaciones portuarias, dueños, a su vez, de las líneas de acceso al mismo. También el desembolso de dinero para el pago de las empresas privadas que controlaban los remolcadores y las patanas, ya que el puerto tenía que utilizar el sistema casilla-patana-barco por el poco calado existente y los productos debían ser trasladados a un ancladero natural, ubicado a unas cinco millas de la costa (Suárez, 1998: 5). Aún así era negocio sacar las mercancías por el lugar dado el factor distancia.

Esta fue la razón que impulsó a la Stewart Sugar Company a crear en 1911 un embarcadero privado en el litoral del sur, llamado Palo Alto, por donde poder exportar sus productos e importar los insumos necesarios, con el consiguiente ahorro de capital por el abaratamiento de los costos.

Imagen 6. Exportación de azúcar por el puerto de Júcaro. Fuente: Obra Científica del municipio de Venezuela (1902-1952).



Los nexos de la práctica productiva hicieron posible desde los primeros tiempos que la cultura azucarera en el sur de Ciego de Ávila, se imbricara en fuerte haz con su similar portuaria y marinera, retroalimentándose entre ellas; también algo similar sucedió con la rama ferroviaria, en correspondencia con los estrechos vínculos que se establecieron entre los laborantes de los tres importantes sectores de la economía y del proletariado. Podemos concluir que la cultura azucarera que nos ocupa tiene en su nacimiento y desarrollo fuertes ingredientes de la sabiduría marinera, portuaria y ferroviaria, elementos que la robustecen, otorgándole un timbre distintivo inconfundible, expresado en la vida cotidiana de la gente.

Allí, en ese ambiente, nacieron, crecieron y trabajaron mis antepasados, marcados todos por los patrones de una cultura muy bien definida por sus coordenadas sociales (los de arriba y los de abajo), modelo que brotó al compás de la germinación de los primeros plantíos de una gramínea que nadie llama por su nombre científico, pues se dice «caña» y todo estará dicho. También ante el predominio de una instalación fabril que transfiguró el panorama original de árboles y casimbas con inmensas naves cubiertas por planchas de zinc que el sol hacía resplandecer en su interior, potentes máquinas y modernos equipos nunca antes vistos en los contornos; y las chimeneas, cual narices empinadas al cielo por donde brotaban bocanadas de humo hacia las alturas, dejando escapar, a la vez, un bagacillo que cubría como alfombra negra las calles de los barrios más pobres del batey, emplazados en la misma dirección en que soplaba el viento. Por demás, el gigante era portador de insaciables ruedas de acero, gran emisor de ruidos ensordecedores y olores pegajosos.

Custodiándolo perimetralmente emergió el batey, con las viviendas ubicadas en cinturones (para pudientes y desposeídos) y el cuartel de la Guardia Rural, lo más próximo posible al ingenio, incondicional cuerpo represivo al servicio de los dueños. También las edificaciones e instalaciones imprescindibles para la vida y la práctica social, todo un coto privado del «señor administrador del central», en cuyo espacio se verificó y practicó una explotación despiadada.

He sido en parte testigo y partícipe de lo que expongo y algún lector pueda pensar que ha sido extraído de la fantasía o la imaginación, pero nada más alejado de la verdad. Para los que nunca han estado en contacto con el dinámico mundo de la industria azucarera les puede ser difícil asimilar o comprender la amalgama de elementos presentes en la cultura material y espiritual que el azúcar aportó y que el hombre creó y recreó desde los tiempos coloniales hasta nuestros días.

Hoy ese saber se ve amenazado ante las realidades económicas que obligaron al triste desmantelamiento del central Venezuela y la introducción de nuevas prácticas productivas tratan de imponerse ante la cultura heredada. No obstante, la tradición acumulada por padres y abuelos queda como signo evidente que robustece un legado imperecedero, un patrimonio que hay que salvar a toda costa.

4. EL IMPACTO DE LA EXPANSIÓN DEL CULTIVO Y LA INDUSTRIA

El aislamiento geográfico del pequeño espacio donde vi la luz primera, al igual que sucedió en el resto de los centrales avileños, no ha sido barrera para que en ellos proliferaran mitos, leyendas, tradiciones, personajes, refranes, cuentos, prácticas religiosas, hasta asesinatos de niños con fines de brujería, prostitución, juegos, bailes, fiestas, parrandas, poetas, compositores, grupos musicales, improvisadores, trovadores; también huelgas, luchas políticas, discriminación racial, económica y sexual, experiencias culinarias y una singular expresión lingüística surgida como consecuencia del contacto con nuevas tecnologías, lo que dio lugar a un vocabulario revelador de la manera de sentir de la gente que vive en comunidad.

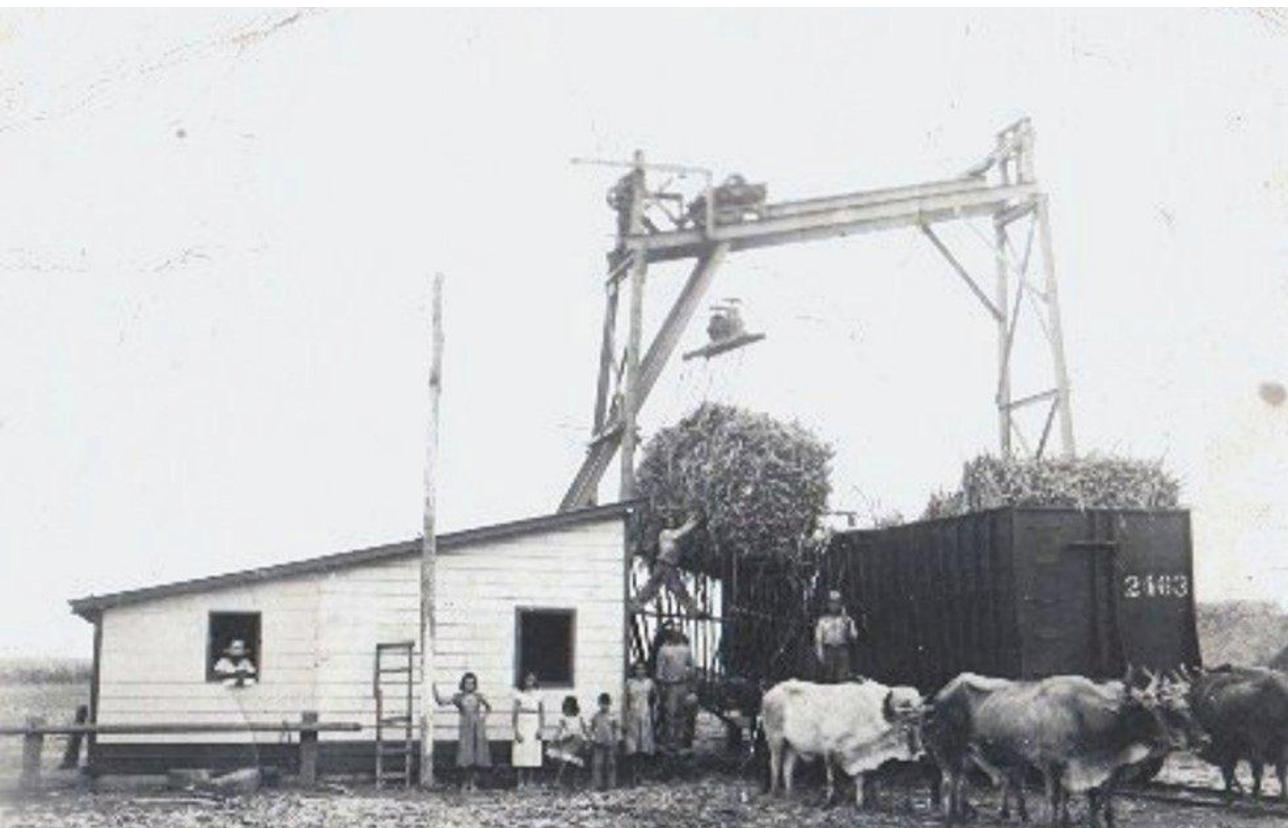
En los centrales se conformaron estilos de vida con características propias del colectivo humano residente en el batey. Será imprescindible conservar los elementos de la cultura tradicional, tanto material como espiritual, producto de la transculturación de costumbres de origen hispánico y africano, sumando la introducción de tecnologías en el proceso industrial que marcaron pautas.

No constituye un secreto el afirmar que el vocabulario constituye un preciado y efectivo termómetro que permite comprobar el calor y modo de sentir de los humanos que viven en colectividad. Realmente y como bien aprueban los especialistas, no existe una verdadera relación causal entre la cultura y el lenguaje, aunque el contenido del lenguaje está íntimamente relacionado con la cultura a la cual sirve como medio de manifestación. Es por ello que se puede afirmar que la literatura morirá de inanición si no se nutriese constantemente del habla viva, cotidiana.

La producción industrial azucarera nació y creció también influenciada por un universo de manifestaciones productivas en las que, como ya hemos mencionado hablando de los orígenes esclavistas, el lenguaje jugó su papel. Igual sucedió en el universo agrícola cuando entre los verdes cañaverales y guardarrayas, espacio arran-

cado sin contemplación a bosques y sabanas, comenzaron a moverse rústicas carretas. Sería muy importante recoger y conservar los cantos de trabajo, manifestación primigenia en la música creada por el hombre. Por ejemplo, el uso de los *cantos de arreo* como lenguaje de comunicación entre el hombre y el animal. Cada uno va diciendo una voz distinta que los bueyes obedecen y toman el camino que se les indica. Hemos acumulado en trabajos de campo una serie de nombres que pronunciaba el carretero y a los que los bovinos obedecían ciegamente, todo un abanico que va desde *Primavera*, *Verano*, *Marinero*, *Sinsonte*, *Guayacán*, *Canario*, *Pajarito*, *Venado*, *Abre campo*, *Rompe monte*, *Ojinegro*, *Colorado*, *Amarillo*, *Negrito*, *Piedra Fina*, *Batallón*, hasta *Salsipuedes*, seguido del mandato «¡Coge el trillo!», «¡Ven acá!», mientras el artero aguijonazo laceraba la piel del obediente animal.

Imagen 7. Grúa y carreta tirada por bueyes, imprescindibles en la agricultura cañera. Fuente: Obra Científica del municipio de Venezuela (1902-1952).



Al caminar por bateyes cañeros y hablar con la gente, hemos podido comprobar la pervivencia de muchos elementos que se utilizaban en el pasado para las faenas productivas, un patrimonio arcaico que existe en el presente, y que se retomaron a partir de la durísima etapa denominada *Período Especial*, cuando comenzó (y aún se mantiene en parte y recrudece con el bloqueo) la escasez de petróleo y de equipos importados. Se empezó entonces a domar y enyugar otra vez los bueyes y a utilizar el arado tirado por estos. Esas manifestaciones de la vida cotidiana deben conservarse, porque el batey no va a crecer como una ciudad; seguirá siendo un núcleo poblacional que conserve sus tradiciones, su vocabulario, las auténticas y criollas expresiones guajiras, cuentos, costumbres culinarias y pudiera hasta considerarse una zona museable con piezas del menaje, con el típico y siempre útil catauro, instrumentos de trabajo, viviendas características, grúas cañeras, cantos, improvisaciones, fiestas y guateques, talleres artesanales, hasta una bodega de campo, o simplemente mostrar las formas de vida tradicional del avileño que vive en la campiña. Ello es parte del patrimonio tangible e intangible que también hay que rescatar y que muchas veces no se tiene en cuenta.

Como señalamos en un epígrafe anterior, la campana dejó su huella sonora en el lenguaje y la cultura azucarera desde los tiempos primitivos, manteniéndose al paso del tiempo. Y es que desde que hicieron su entrada triunfal las locomotoras movidas a vapor, llegaron acompañadas por la campana; entonces un nuevo código disonante comenzó a guiar las operaciones de tránsito ferroviario por el interior de las fábricas, en las colonias cañeras o en el perímetro por donde transitaban personas.

Para afianzar la significación de la rima del bronce en la vida de los bateyes, apareció la iglesia católica y desde lo más alto de la Nave de San Pedro, en las mañanas, tardes y noches, se emitían y emiten mensajes a los feligreses a través de carillones que se dejan escuchar en los más recónditos parajes con el ánimo de llamar a misa o señalar acontecimientos religiosos. Los fieles se vieron en la necesidad de aprender las señales litúrgicas y los que no lo eran quedaron envueltos en el repiqueteo. Así se complementó el emblema sonoro, desde las actividades económicas y cotidianas hasta las espirituales.

Con el moderno central azucarero desaparecieron las llamadoras bronceas de los antiguos trapiches, sustituyéndose las órdenes en el proceso industrial mediante silbatos accionados por la fuerza del vapor.



Imagen 8. Locomotoras. Fuente: Obra Científica del municipio de Venezuela (1902-1952)

Por otra parte, se puede destacar que, en la expresión gestual del trabajador azucarero, las manos, dedos y brazos constituyen un medio fundamental en la comunicación no verbal. Cada dedo, por ejemplo, de acuerdo a la posición que adoptaba y el lugar en que se encontraba con relación a la cabeza o el resto del cuerpo, podía adquirir significados diferentes. A este lenguaje gestual se tuvo que acudir por dos razones: los ruidos que originaban las máquinas y por la altura o posición de las áreas productivas encadenadas entre sí, que no permitían la comunicación directa entre las personas durante el flujo de la producción. Sería interminable la descripción porque incontables fueron los gestos que sustituyeron al lenguaje oral

en la vida cotidiana del ingenio, señas que se trasladaron desde el dinámico mundo industrial a la gente insertada en la comunidad circundante.

5. NUEVO TRÁFICO NEGRERO DESDE EL CARIBE

Coincidiendo con el inicio y desarrollo de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la producción azucarera en Cuba crece aceleradamente como consecuencia de la destrucción de las plantaciones remolacheras en Europa, escenario del conflicto bélico. El azúcar comienza a escasear en el Mercado Mundial y hace subir su precio, estimulando la producción y la inversión de nuevos capitales en este sector. El impacto llega a la región de Ciego de Ávila y los dos primeros centrales enclavados en el territorio del actual municipio de Venezuela, Stewart y Jagüeyal, amplían sus capacidades industriales y áreas cañeras. La producción azucarera local crece entre 1916 y 1918 en más de doscientos mil sacos, con perspectivas de aumento dado el precio en ascenso del dulce producto.

A partir de 1914 comienzan a moler los centrales de Ciego de Ávila y Morón y se acrecienta la sed inversionista de capitales foráneos y cubanos, estos últimos en menor escala; avalancha que no pararía hasta 1925, fecha en que se edifica el último ingenio llamado Velasco, en el norteño municipio de Morón. Pero la fuerza de trabajo nativa, sobre todo de macheteros, es insuficiente para enfrentar el reto lucrativo ambicionado por las empresas, sobre todo las norteamericanas, y se acude a la idea de introducir braceros antillanos procedentes del Caribe, fundamentalmente haitianos y jamaicanos, con el ofrecimiento de pagarles un dólar por el derribo de cien arrobas de caña, salario superior si se le compara con los míseros jornales que por igual faena devengaban en sus países.

A partir de ese momento entran en acción los «nuevos negreros» dedicados al tráfico humano, quienes despliegan una gran campaña publicitaria, engañosa, valiéndose de contratistas que prometen «villas y castillos» a los futuros inmigrantes. La primera ley dirigida a favorecer tal medida fue promulgada en los momentos finales del gobierno de José Miguel Gómez en 1913 a solicitud de una compañía norteamericana radicada en la provincia de Oriente, la Nipe Bay Company, como se puede verificar en la Gaceta Oficial de la República de Cuba correspondiente a ese año. Bajo las riendas de su sucesor presidencial, Mario García Menocal, se abrió

el banderín y miles de braceros, hombres y mujeres, arriban a los puertos cubanos localizados hacia el extremo este del país (Camagüey y Oriente), provincias donde se verificó la gran penetración económica imperialista en el sector azucarero y su mayor expansión productiva durante el primer cuarto del siglo xx.

5.1. *La llegada y subsistencia de los haitianos*

Desde los señalados puertos trasladaban a los obreros contratados hasta Ciego de Ávila, entonces perteneciente a la provincia camagüeyana. También arribaron



Imagen 9. Embarcadero de azúcar y mieles de Palo Alto, costa sur de Ciego de Ávila. Fuente: Fototeca del Archivo Provincial Brigadier José Ambrosio Gómez Cardoso.

de forma clandestina por el embarcadero sureño de Palo Alto, coto privado de la Cuban Cane Sugar Company, propietaria a partir de 1915 de los centrales Stewart, Jagüeyal, Morón y Violeta, una de las empresas monopolistas más destacadas en aras de alentar y favorecer el turbio negocio, y la más poderosa del universo azucarero internacional de su tiempo.

Al arribar al muelle del espigón eran chequeados por los mayores y dueños de las colonias cañeras en típico proceder esclavista, mediante groseras prácticas dirigidas a precisar la aptitud física o la presencia de enfermedades visibles, violándose las normas aduanales y de sanidad establecidas en las leyes de la República. A continuación, se les obligaba a montar a un tren formado por una locomotora y carros jaulas, trasladándolos a improvisados barracones antihigiénicos, construidos a toda prisa en las áreas de fomento cañero y hacinados como animales domésticos. Al pasar el tiempo, sin ningún tipo de ayuda oficial, se vieron en la necesidad de construir sus chozas o bohíos para albergar a la familia (Colectivo de autores, 1990: 8).

Aunque no poseemos datos exactos sobre el monto de este contrabando, sí contamos con testimonios de haitianos que corroboran esta información. Según las leyes, por el puerto de Júcaro, único con esa categoría en la región avileña, debía realizarse el comercio y la entrada y salida del país. Allí existía una Aduana que facilitaría su control, pero como ello no convenía a los traficantes optaron por el mencionado embarcadero, violando al fisco. A través de un análisis del flujo migratorio e inmigratorio por este puerto, se puede verificar que a partir de 1909 este se mantuvo en niveles muy bajos, sin embargo, tal situación cambió en 1919 cuando entran al país 192 000 personas. Aunque en los documentos oficiales no se aclara su origen, coincide el hecho con el arribo masivo de antillanos a las costas cubanas. Después no volvió a repetirse un suceso en tal magnitud.

Hay que destacar que las malas condiciones sanitarias y de salud que portaban los obreros inmigrantes derivaban de las condiciones de vida en sus respectivos países, donde estaban sometidos a una situación material de extrema pobreza y enfermedades, lo que les hacía venir a vender su fuerza de trabajo en plantaciones cañeras cubanas. Esas condiciones persistieron en nuestro país al vivir en condiciones infrahumanas, reproduciéndose las enfermedades entre ellos y su extensión al resto de la población circundante y aumentando hacia ellos la xenofobia en los medios de prensa.

El más significativo asentamiento haitiano que proliferó en una colonia cañera de la provincia avileña estuvo ubicado en el municipio de Venezuela, a considerable dis-

tancia de los ingenios, cuyo propietario, descendiente de un general mambí, estuvo vinculado estrechamente a la vida política y militar de la nación. La colonia fue conformada por tres bateyes denominados Castillo, Lola y Batey del Medio. Solo en esta área agrícola, tras despiadada explotación, llegaron los haitianos a sembrar, atender y cosechar más de dieciséis millones de arrobas de caña, cifra fabulosa que habla por sí sola de la contribución de los mismos a la industria azucarera local y al enriquecimiento del capital nativo y extranjero. También fueron distribuidos como cortadores de caña en casi todas las áreas rurales de los otros centrales avileños, espacios donde con más fuerza se concentró y giró el universo de la cultura material y espiritual haitiana.

Sin ningún tipo de atención o protección gubernamental, los humildes inmigrantes se vieron obligados a acudir a la naturaleza circundante para poder sobrevivir y de ella extrajeron rústicos materiales para construir bohíos y ajuares del hogar. Tablas de palma, pencas de coco y guano conformaron las casas de piso de tierra, hechas una a continuación de otra, en forma semicircular, muy cerca del ramal de la vía férrea, bajo la órbita y gravedad de la grúa cañera, espacio donde también se ubicaba la tienda de víveres, negocio comercial de grandes utilidades para el dueño de la colonia, devenido en «ratonera» que apresaba de pies y manos al obrero, dependiente de ella como única opción para adquirir los imprescindibles productos destinados a la subsistencia (de mala calidad y alto costo), mediante un crédito otorgado por vales o papeles solamente con poder de cambio en la misma.

Las hierbas, flores y plantas, como en los tiempos coloniales, se convirtieron en botica natural, en reservorio imprescindible al que todos acudían, unas veces por indicaciones del curandero y otras por iniciativa propia, con el fin de contrarrestar y combatir enfermedades o males ante la falta de asistencia médica y medicinas; así procesaban y usaban cataplasmas, infusiones, jarabes, baños, unido a las prácticas mágico-religiosas.

Cerca de los bohíos y chozas, en los llamados *conucos* o *sitios*, cultivaban pequeñas parcelas de arroz, café, viandas, frutas, criaban cerdos, caprinos y aves de corral, incluido el gallo machorro colorado y el gallo fino, este último cuidado con esmero para pelearlo en apuestas los domingos en la valla o en algún ruedo al aire libre. Casi todo lo cosechado estaba destinado al autoconsumo y en ocasiones a la venta. También sembraban frijoles y otros cultivos en el interior de los cañaverales, acción bien vista por los dueños de la colonia al beneficiarse el suelo por la incorporación de nitrógeno y otras materias fertilizadoras en forma natural.

En fiestas y celebraciones se manifestaba religiosamente el *vudú*, religión basada en los espíritus de los familiares de sus practicantes, con la inclusión de sacrificios de animales, especialmente chivos, gallos y palomas. Ingerían bebidas típicas como el *Tafei* y el *Liqué*, el primero basado en aguardiente de caña y raíces de jengibre consumido por los hombres; el segundo, un licor preparado también a partir de aguardiente, pero añadiéndole canela y azúcar blanca, en ocasiones saborizado con esencia de fresa, deleitado por las mujeres, atribuyéndole en ambos casos poder afrodisíaco a las fórmulas.

Toques de tambor, velorios, comidas dedicadas a santos y orichas y cuantos ritos creados por ese mundo mágico se manifestaron en los asentamientos, a los que acudían personas procedentes de lejanos lugares. Apunte de terminales, charada, lotería, juegos ilícitos con dados y cartas, ingestión de bebidas alcohólicas, prostitución y otros males propios de la sociedad capitalista proliferaron en los sitios habitados por los haitianos, acentuando aún más las terribles condiciones de vida. Casi todos analfabetos, desvinculados de la religión oficial cubana (católica), mal mirados por una sociedad discriminatoria, acusados de brujeros e incluso de asesinar niños blancos para esos fines.

Durante la Semana Santa se paralizaban las actividades productivas relacionadas con la zafra azucarera, había recogimiento en correspondencia con las normas católicas; los haitianos aprovechaban el Sábado de Gloria para efectuar encuentros de bailes religiosos entre los bateyes conformados por sus paisanos. Los grupos caminaban grandes trechos por guardarrayas polvorientas para encontrarse en un cruce de caminos y vías férreas, en clara alusión y homenaje a los dioses *Elegguá*, dueño y señor de los senderos, y *Oggún*, simbolizado en los rieles de hierro. En algunas oportunidades rompían las fronteras comunitarias y llegaban, como por ejemplo ocurrió en el Stewart, hasta el batey del ingenio o el poblado del Quince y Medio, creando todo un espectáculo misterioso y atrayente; en sus rituales quemaban muñecos, sacrificaban animales, danzaban al toque de tambores portando pañuelos y banderas de diversos colores y emitían plegarias pidiendo a los dioses prosperidad y suerte (Suárez, 2015: 28).

Los haitianos fueron discriminados y humillados dada su condición de negros y pobres, perseguidos y asediados constantemente por los abusos de la Guardia Rural, política agudizada a su máxima expresión cuando comenzaron a hacerle competencia a la fuerza de trabajo nativa. Aprovechando el desconocimiento que tenían del

idioma y las operaciones aritméticas elementales se valieron los dueños de comercios, mayores y colonos para el robo y el engaño.

Como sus nombres y apellidos originales eran difíciles de pronunciar o escribir en el idioma castellano, los mayores y colonos (casi siempre también analfabetos) les impusieron otros en las nóminas y libros de contabilidad: entonces Pierre se convirtió en Pie, Pooul en Pol, Robert en Roberto, Fiss en Fis y así sucesivamente. Fueron bautizados con anónimos, sobrenombres y apellidos en clara ofensa a la dignidad personal y jurídica o en casos risibles como *Gofio en Lata*, *Venado*, *Bacalao*, *Tasajo*, *Tasajito*, *Polvo Prieto*, *Agüinado*, *Malo*, *Malito*, *Abril*, *Mayo*, *Noviembre*, *Diciembre*, *el Doctor*, *Juan se Queda*, *Juan se Va*, *Tiburón*, *Cosita*, *Manguera*, *Camagüey* y hasta irrespetuosos con figuras históricas como José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez, Quintín Banderas, José Miguel Gómez, entre otros (Suárez, 1988, *op. cit.*: 17).

En el seno familiar mantenían costumbres y patrones de conducta caracterizados por el rígido respeto a los mayores, el cariño y obediencia absoluta a los padres, normas estrictas a la hora de sentarse a la mesa para ingerir los alimentos y en el uso del vestuario propio del sexo, es decir, nunca los hombres vestían con prendas propias concebidas para las mujeres y viceversa. Eran hábiles tejedores de fibras, arte aprendido por transmisión oral, nada libresco; de sus manos salían sombreros de guano y yarey de magnífica calidad, usados para el trabajo y las visitas al pueblo, jabas, pencas y otros artículos destinados al hogar, en ocasiones comercializados como fuente adicional de ingresos. Las mujeres se peinaban de forma original, a la usanza de su tierra natal, con peine caliente, vaselina u otro sustituto, señoreando el clásico pañuelo africano sobre la cabeza; ayudaban al hombre en los quehaceres del sitio y la cría de animales, llevaban el almuerzo al campo; cuando no, mocha en mano, cortaban caña para la pila del marido y contribuían después en el alce de la gramínea a las carretas tiradas por bueyes.

El haitiano era reservado, introvertido, receloso, impenetrable con sus creencias religiosas, quizá por el tratamiento racial de inferioridad dado por la sociedad receptora. Celebraban, por lo general, dos fiestas religiosas: el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, y el 17 del propio mes, San Lázaro, realizándolas casi siempre en una misma casa donde ofrecían «comida y sangre a los santos», destacándose el fricasé de chivo y gallo colorado, animales criados especialmente para las celebraciones. Cocinaban con exquisitez el pato, la gallina, los dulces caseros, y el pan hai-



Imagen 10. Danza folklórica haitiana, grupo Okay, municipio de Venezuela. Fuente: Archivos de la Dirección de Cultura, municipio de Venezuela

tiano, bolitas de harina depositadas para su cocción en hornillos rústicos, hechos por ellos mismos a partir del barro. Se puede destacar la higiene y presencia con que elaboraban los alimentos a pesar de la pobreza, y la limpieza del interior del hogar, casi siempre con piso de tierra.

Los platos preferidos en la dieta del haitiano eran la yuca, el boniato, el ñame, el frijol gandul y los caldos y sopas. Las otras celebraciones como toques de tambor por cumpleaños, bautizos, nacimientos de hijos, generaban actividad comercial, pues casi siempre asistían invitados de otros bateyes acompañados de productos típicos para vender, comprados por los cubanos asistentes al jolgorio o los propios haitianos del lugar (Suárez, 1988, *op. cit.*: 19).

A mediados de 1920 la cotización del azúcar llega a alcanzar veintidós y medio centavos la libra en el Mercado Mundial, espejismo de bonanza económica conocido como «Danza de los Millones». Inesperadamente, el precio comienza a mostrar tendencia a la baja y cae estrepitosamente, para dar paso a una gran crisis económica no resistida por los capitales nacionales colonos y comerciantes que van a la quie-

bra. Solo salen airosos y hasta beneficiados, las corporaciones y bancos norteamericanos. Y aquí comienza una gran odisea para los laboriosos inmigrantes braceros. La crisis repercute en Ciego de Ávila y sus consecuencias negativas caen con mayor fuerza sobre la clase obrera. Baste un solo ejemplo: durante la zafra 1921-1922 los centrales Stewart y Jagüeyal reducen en casi un cincuenta por ciento la producción con relación a 1918-1919, manteniendo a partir de entonces una restricción limitada hasta la campaña 1924-1925 (Colectivo de autores, *op. cit.*, 1990). Mediante el Decreto Presidencial N.º 1404 de 20 de julio de 1921 publicado en la Gaceta Oficial, se ordenó la repatriación de los braceros antillanos y se determinó reembarcar por cuenta del Estado a los inmigrantes procedentes de Haití y Jamaica, contratados al amparo de la ley de Inmigración de 3 de agosto de 1917, por constituir una «carga pública» para la nación. Esta última disposición autorizaba la entrada de braceros a Cuba, con la condición de que no constituyeran una carga pública y fueran reembarcados al terminar sus labores. La realidad fue otra: jamás las compañías azucareras dueñas de los centrales, dentro de ellas la propietaria de Stewart y Jagüeyal, se ocuparon de ellos, y mucho menos estuvieron dispuestas a afrontar el gasto de reembarque al país de origen.

Las escenas observadas en los bateyes de los ingenios y en las propias ciudades de Ciego de Ávila y Morón cuando se ordenó la repatriación fueron estremecedoras y brutales, coincidiendo con la gran crisis económica, quiebra de bancos, bajos precios del azúcar y una alarmante epidemia de viruela y tifus detectada en la región, noticiada por los periódicos locales y nacionales, causando pánico en la población. Decenas de haitianos murieron en las calles avileñas por falta de asistencia médica y alimentación, totalmente desamparados; se les veía abrazados a las columnas de los portales y caer como moscas sobre las polvorientas calles, sintiendo sobre ellos la injusta responsabilidad de ser causantes y propagadores de la incontrolable pandemia. Fueron escenas dantescas, poco conocidas y aún menos divulgadas, sufridas por hombres y mujeres que resolvieron uno de los más graves problemas enfrentados por la industria azucarera cubana en los momentos de auge y esplendor (*El Pueblo*, 1921: 1).

No obstante, a pesar de tamaña, injusta e inhumana problemática social, la cultura haitiana dejó su huella en Ciego de Ávila, evidenciada en lo material y espiritual, a tal extremo de constituir hoy uno de los componentes primordiales de la identidad cultural territorial. La influencia de la cultura caribeña marcó la identidad de los bateyes de ingenios y colonias cañeras con rasgo distintivo,

tejiéndose en los campos leyendas, mitos religiosos, tradiciones, formularios medicinales a partir de plantas y flores, anécdotas, cuentos picarescos y humorísticos, unido a una sabiduría popular surgida ante la necesidad de sobrevivencia humana impuesta por la explotación capitalista, robusteciendo la sabiduría material en diversas vertientes. Hacia 1959 quedaban aún en las colonias cañeras miles de haitianos; el Gobierno Revolucionario les ofreció empleo decoroso, les construyó viviendas y por primera vez comenzaron a ser tratados como seres humanos, recibiendo sin distinción alguna los beneficios sociales disfrutados por el resto de la población cubana.

Al desaparecer las pésimas condiciones en que vivían los haitianos, sus descendientes se han adaptado a las nuevas realidades de convivencia, aunque aún perviven y se mantienen creencias religiosas como el *vudú* o *vodú*, actos rituales en días de santos, toques de tambor, cantos y bailes. En la actualidad algunas familias descendientes y grupos portadores de la cultura haitiana mantienen de forma limitada hábitos y costumbres en sus hogares, sobre todo en la elaboración de productos para la alimentación como el bombón haitiano (especie de panqué dulce), el calalú (combinación de quimbombó con pollo), viandas salcochadas y sopas muy grasientas, la elaboración de bolitas hechas con harina de trigo para propiciar el cuajado de los frijoles o las sopas y el consumo de bebidas típicas. Llama la atención que estos grupos rechazan el llamado *patúa*, dialecto que hablaron sus padres y abuelos, algo que no ocurría en el pasado reciente, cuando los campesinos cubanos que convivieron en las colonias con ellos lo dominaban a la perfección y se comunicaban entre sí. Todo parece indicar que se debe a un complejo de inferioridad, dado el tratamiento xenofóbico y brutal que la prensa, durante la etapa capitalista, sembró en la mente de las personas al tratar a estos inmigrantes como entes salvajes.

Muestras de esta huella antillana exhiben con fuerza municipios avileños como Primero de Enero, Bolivia, y Venezuela, entre otros. Puede señalarse como típico ejemplo que cada 10 de octubre, fecha que marca la celebración de las Fiestas Tradicionales del municipio de Venezuela, los descendientes portadores de la cultura haitiana muestran a través del grupo folklórico *Okay* (Premio Nacional de Cultura Comunitaria) en su sede del barrio La Julia, todo el colorido, costumbres, rituales y tradiciones heredadas de sus antecesores, provenientes en su inmensa mayoría de Aux Cayes, o Los Cayos, zona geográfica ubicada al sur de Haití. A

pesar de la dolorosa paralización del central azucarero, este día retumba y revive en el batey la fuerza expresiva del bravío Caribe en la cadencia del tambor, lo rítmico de la danza, la veneración espiritual y religiosa en cantos y plegarias, costumbres y hábitos alimentarios, toda una heredad que el pueblo del sur avileño ha hecho suya, unida al olor típico de comidas y dulces, mezclado en armonía con el aguardiente de caña y la sangre del chivo sacrificado, también la triste historia de una página sin regreso.

5.2. Presencia jamaicana y de otras islas caribeñas

También muy representativo de la cultura caribeña ha sido el aporte de los inmigrantes del Caribe anglófono que se asentaron en el central Baraguá, ubicado al sureste de la ciudad de Ciego de Ávila y de propiedad norteamericana. Entre 1915 y 1920, y por las mismas causas explicadas en el epígrafe anterior, se asientan definitivamente allí inmigrantes antillanos provenientes de Jamaica, Barbados, San Vicente, Granada y otras islas antillanas, así como los que llegan desde Panamá después de concluir los trabajos de la construcción del canal. Ellos venían contratados, ofreciéndoles engañosas promesas, con el propósito de mejorar el estatus económico y regresar a sus respectivos lugares de origen con cierta fortuna. Pero muchos se quedaron para siempre. Esta inmigración, sobre todo la jamaicana, tuvo características particulares al presentar un nivel cultural y técnico superior a la haitiana, hablaban el idioma inglés y por ello ocuparon puestos en la rama industrial. Los hombres llegaban solos a Cuba y luego arribaban las mujeres y el resto de la familia, proceso diferente a otros fenómenos de esta índole que se produjeron por hombres solos, tal fue el caso de los chinos, haitianos o árabes, entre otros.

La Compañía propietaria del central Baraguá demarcó un área fuera de los límites del centro histórico del batey y propició facilidades a los inmigrantes para que construyeran sus viviendas y se establecieran en el lugar. En 1917, con el primer nacimiento y bautizo de la niña Cristina Hill Herbert, se dan las condiciones para el asentamiento definitivo de los antillanos. Así surge el llamado «Barrio jamaicano», conformado por unas 120 viviendas, incluidas escuela e iglesia protestante. Fue edificado a ras de tierra, tras las líneas del ferrocarril, barrera metálica hacia el mundo de los blancos que se encontraban al otro lado de estas.



Imagen 11. Grupo folklórico de cultura jamaicana La Cinta, central Baraguá (hoy, Ecuador). Fuente: Fototeca del Archivo Provincial Brigadier José Ambrosio Gómez Cardoso.

Allí se asientan 657 habitantes que mantienen las tradiciones recibidas de sus ancestros (música y bailes, comidas y bebidas, manifestaciones culturales, fiestas e incluso el idioma). Es un caso excepcional y único en el país recogido en el Atlas Etnográfico de Cuba. Según un estudio reciente, se estima que en el poblado de Baraguá residen no menos de quinientos descendientes angloparlantes, de los cuales más de doscientos cincuenta se concentran en el Barrio Jamaicano. También residen en el lugar cinco descendientes de primera generación.

Desde su fundación y hasta la actualidad se celebran en esa comunidad las fiestas del Primero de Agosto para saludar cada aniversario del cese de la esclavitud en las Antillas inglesas. (Colectivo de autores, 1991: 14).

Este día, una procesión de ritmos y voces inunda las calles del batey y el visitante puede creer que ha equivocado el rumbo, dejándose luego arrastrar por la música. Después de un recorrido encabezado por el burrito que invita a todos a bailar, se llega a la pista del barrio. Allí, con una alocución bilingüe, se da la bienvenida a los participantes explicándoles el porqué de las celebraciones, seguidamente comienzan los juegos que demuestran destreza y alegría, entre ellos la guerra de la sogá, el palo ensebado, el muñecón. Luego de brindar a todos los presentes el *pan de gloria* y limonada, en la escena aparece un grupo de danza donde sus integrantes muestran eróticos movimientos pélvicos y rostros que transpiran alegría, destacándose la habilidad de cada bailaror. Las relaciones coreográficas se apoyan en varios elementos enriquecedores del conjunto tales como el burrito, los bailes en saco, las zarandas, los zancos, además del tono jocoso y de doble sentido de los cantos que hacen del espectáculo una expresión genuina y típica de la cultura popular caribeña.

Para los portadores y descendientes es motivo de orgullo ofrecer sus dulces, bebidas y platos característicos, los que han dejado de ser coto exclusivo para pertenecer a todos los integrantes de la comunidad y quienes les visiten. La integración cultural se ha hecho realidad en Baraguá: música, danza, artesanía, arquitectura, literatura de transmisión oral, creencias religiosas y prácticas deportivas confluyen en un dialéctico proceso de transculturación que ha trascendido los estrechos marcos del barrio jamaicano para convertirse en el hecho cultural más relevante y definitorio del municipio y uno de los más significativos de la provincia de Ciego de Ávila.

Cien años después, bajo el cadencioso ritmo del *calipso*, también vibra en el batey del otrora central Baraguá, hoy Ecuador, la cultura caribeña. Es imposible definir la cultura baraguense sin tener en cuenta el aporte anglocaribeño.

6. LA ARQUITECTURA CIVIL DEL AZÚCAR

6.1. *Un palacio señorial en el Stewart*

En 1920 quedó inaugurada una nueva vivienda para la residencia del administrador del central Stewart, un verdadero palacio construido por la afamada compañía norteamericana Puddy and Henderson, la misma corporación que edificó el Pala-



Imagen 12. Mansión del administrador del central Stewart. Fuente: *Obra Científica del municipio de Venezuela (1902-1952)*.

cio Presidencial de La Habana y otras colosales obras en la capital. Como maestro de obra actuó el mallorquín Nicolás de Esa.

El proyecto y los materiales empleados fueron importados de Italia y en su estructura neoclásica sobresale el eclecticismo, destacándose columnas jónicas de mármol, bellas puertas y ventanales, ladrillos labrados, grandes azulejos decorados artísticamente, un diseño interior en los amplios salones que, según documentos consultados en los archivos del central, superaron solo por este concepto los cien mil dólares, suma colosal para la época (Suárez, 2005: 17).

La joya arquitectónica, muestra de una ostentación burguesa influenciada por el modo de vida yanqui, se complementaba con hermosos jardines que ocupaban más de una caballería de tierra, con variedades de floricultura y frutales representativas de más de 30 países del orbe, diseñados y cuidados por experimentados jardineros japoneses, con invernaderos, cerca de hierro perimetral finamente elaborada con magnas puertas de entrada y salida (siempre custodiadas por la Guardia Rural), caminos internos cementados, sistema de riego por aspersión, césped atendido con modernas máquinas segadoras, luminarias redondas soportadas sobre tubos labrados con maestría que descasaban, a su vez, en geométricas bases de hormigón, lago para cisnes, instalaciones pavimentadas para la práctica de tenis de campo y otros deportes, fastuoso paraíso que contrastaba con la realidad de un batey de ingenio azucarero.

La servidumbre estaba conformada por negros y negras para los que se construyó una confortable casa de madera en el patio, al fondo de la vivienda principal, cuyo estilo arquitectónico reflejaba lo típico del sur norteamericano, mientras la morada del jardinero y su familia, construida con el mismo material y manera, estaba situada en lo profundo del jardín, en dirección sur. Al estallar la Segunda Guerra Mundial los jardineros japoneses, como todos los ciudadanos de esa nación residentes en Cuba, fueron reconcentrados en la isla de Pinos; entonces fueron sustituidos por españoles y cubanos que continuaron manteniendo los bellos espacios creados por los floricultores del Imperio Celeste.

Los ejecutivos del consorcio, dueño de varios centrales, cuando visitaban sus propiedades pernoctaban en la regia casona y de aquí salían a sus inspecciones utilizando una avioneta que despegaba desde una pista cercana a la casa de los empleados. Hay que señalar que estos funcionarios, casi todos norteamericanos, partían de la Habana en un lujoso coche con dormitorio, restaurante, salas de juego, bar, y otras comodidades que se acoplaba al Tren Central Habana-Santiago de Cuba. Al llegar a Ciego de Ávila se desacoplaba y entonces una pequeña pero vistosa locomotora del Stewart se encargaba de arrastrar el coche hasta el batey, hasta la misma casa de vivienda donde se alojarían, pues se construyó una vía férrea únicamente para ese propósito, línea que penetraba por un costado del patio, en dirección norte.

Por sus características arquitectónicas y fastuosidad, fue esta la única edificación de su tipo que existió en un central azucarero cubano. El administrador del central y su esposa comenzaron a organizar fiestas en el palacete a las que asistía la burguesía local y lo más selecto de la aristocracia obrera. Nada mejor para ilustrar lo que en ellas acontecía que un fragmento de lo narrado por la crónica social de la época:

Desde Stewart. Suntuosa Fiesta.

De tal puede calificarse la que tuvo efecto el sábado 18 del actual en este central y en la magnífica casa que cedió galantemente a ese fin el señor Gumersindo Camacho, competente administrador del mismo y de cuya fiesta pueden estar orgullosos sus iniciadores. Todo allí era luz, alegría, gracia, belleza, distinción, elegancia, simpatía. En medio de música, mujeres y flores, a lo que se llama vivir la vida, y, mientras así pensaba, se dejaron oír los acordes de un divino vals [...]. Y no he de terminar sin antes expre-



Imagen 13. Baile en el Club Social del central Stewart. Fuente: Armando Lovaco Echemendía, autor de la fotografía y Presidente de la Junta Directiva del Club Social del central Stewart. Archivo personal del autor.

sar mi agradecimiento a los iniciadores de esta soberana fiesta a instarlos a que laboren para que el próximo baile, que será en breve, en el Liceo de Simón Reyes, resulte, si no, tan regio, al menos parecido. Que sea así (*El Pueblo*, 1920: 3).

Posteriormente fue inaugurado el Club Social del central Stewart, en la antigua y primera residencia del administrador, construida a dos plantas con maderas preciosas, y las fiestas se trasladaron hacia ese lugar, convirtiéndose en centro exclusivo para los asociados, todos blancos y de «reconocido prestigio».

En lo adelante la regía mansión se utilizaría para celebraciones íntimas de la familia y durante las visitas que realizaban, como se ha señalado, los altos funcionarios y superintendentes de la Compañía Azucarera norteamericana.

Al triunfar la Revolución y producirse en 1960 la nacionalización de la industria azucarera, la faustuosa edificación fue convertida en Círculo Social Obrero, más

tarde en hospital y por último en Palacio Municipal de Pioneros. Nunca se llevó a cabo una policía de mantenimiento al inmueble y al pasar el tiempo sufrió transformaciones y perdió la mayoría de sus valores arquitectónicos y decorativos originales, incluidos sus jardines, aunque mantuvo su estructura externa. En estos momentos se estudia la posibilidad de su restauración y conversión en una casa de descanso destinada al turismo.

6.2. *El batey del central Cunagua: Monumento Nacional*

Sobre la costa norte de la región de Morón, provincia de Ciego de Ávila, entre la selva virgen, una hermosa loma llamada por los aborígenes *Cun-agua*, dio nombre al central «Cunagua», la fábrica de azúcar más moderna y completa conocida hasta entonces en la Isla.

Su construcción se inició a finales de 1916 por la compañía de Víctor C. Mendoza, contratada por Antonio González de Mendoza, quien, con el dinero recaudado por la venta del ingenio Santa Gertrudis (en Matanzas), formó junto a otros socios la Sociedad Central Cunagua S. A. Aprovechando las bondades que ofrecía el Ferrocarril Norte de Cuba se construye un ramal para conectar al batey del ingenio con el mencionado sistema y por ende con el puerto de Nuevitas, facilitando el despliegue de las novedades técnicas y en un futuro inmediato las exportaciones de azúcar y miel.

Paralelamente a la construcción del Central se fueron ensamblando las edificaciones del batey con una arquitectura novedosa por el tratamiento dado a la madera en los inmuebles, caracterizados por la adecuación de sus rasgos a las condiciones climáticas; es decir, materiales muy frescos y, además, usados en la tipología de plantación en el sur de los Estados Unidos de América. No se puede descartar que las edificaciones fueran adaptadas y enriquecidas por los constructores locales (Obra Científica, Bolivia, 1991).

Ya nuestro país se convertía en uno de los principales compradores de la industria maderera norteamericana y a través de ese comercio llega a la Isla la influencia de un sistema constructivo clasificado en dos grupos: el *Ballon Frame* y el *Fra-ced Framing*, basados ambos en el principio de entramados ligeros de madera, con diferencias desde el punto de vista estructural. *El Ballon Frame* fue el más difundido en los bateyes azucareros. Por su ligereza podía transportarse sin dificultades

por ferrocarril, como realmente ocurrió en el caso que nos ocupa, y sus facilidades constructivas agilizaban un proceso de terminación rápido que garantizaba el comienzo inmediato de las zafras.

El batey fue constituido por trece manzanas en cuyo centro radicaba la casa del administrador, un parque con su fuente y la iglesia. Este conjunto presenta una uniformidad de su tipología, donde predomina la vivienda individual uniplanta con portal, pasillos laterales y jardín, y otras en forma de tiras en serie con portal corrido y puntal alto, así como barracones para los obreros, todas construidas de madera amachimbrada colocada horizontalmente, techos a dos aguas de tablazón y viguetas, cubierta de teja francesa, carpintería en ventanas y puertas en ventana fijas, de una o dos hojas y contraventanas de cristal.



Imágenes 14 y 15. Batey del central Cunagua. Monumento Nacional (antes y en la actualidad). Fuente: Archivos de la Oficina de Sitios y Monumentos del Centro Provincial de Patrimonio de Ciego de Ávila.

En el orden social el batey fue escenario de importantes acontecimientos históricos relacionados con las luchas obreras del sector azucarero. En reiteradas ocasiones sus trabajadores protagonizaron huelgas y llegaron a tomar el central. En varias oportunidades, recibieron las visitas de destacados dirigentes nacionales como lo fue Jesús Menéndez Larrondo «El General de las Cañas». Vale destacar que en la década de los cincuenta del pasado siglo se hizo muy popular en Cuba un son montuno titulado «El guajiro de Cunagua» que aún se escucha en

los medios de difusión, lo que aportó un ingrediente de significativa valía cultural para el lugar y sus pobladores.

El 6 de agosto de 1960 el Cunagua fue nacionalizado a la empresa norteamericana propietaria y pasó a manos del Estado cubano como consecuencia de la política agresiva de los Estados Unidos hacia Cuba. Por voluntad de sus trabajadores adoptó el nombre de Bolivia en homenaje al hermano pueblo latinoamericano.



Imágenes 16 y 17. Hay que redoblar los esfuerzos de conservación. Estado de algunas viviendas del batey: Archivos de la Oficina de Sitios y Monumentos del Centro Provincial de Patrimonio de Ciego de Ávila.

Finalizando el pasado siglo y principios del presente, el otrora esplendoroso batey comenzó a languidecer, en particular su centro histórico y decenas de viviendas y otras instalaciones, ante la falta de un mantenimiento sostenido. La singularidad del sitio poblacional resultaba evidente, además de su innegable valor patrimonial para la provincia y el país.

Por ello la voluntad de muchas personas y entidades en Ciego de Ávila se impuso para buscar la forma de mejorar la imagen del poblado. Un ejemplo en este esfuerzo colectivo lo constituyó el remozamiento constructivo total de la otrora bella casona de administración, la cual estaba casi en ruinas, donde se destacó el empuje económico y constructivo de la dirección del Complejo Agroindustrial Bolivia, apoyado por el Grupo Empresarial Azucarero y el Ministerio del Azúcar, a un costo superior a los ciento setenta mil CUC (pesos convertibles) y más de un millón de CUP

(pesos en moneda nacional), inversión que logró materializar la restauración total de la edificación, tanto externa como en sus múltiples espacios interiores y mobiliario, convirtiéndose en la Casa del Trabajador Azucarero destinada al esparcimiento cultural y recreativo de los trabajadores (Lima, *op. cit.*: 16). Atendiendo a los valores arquitectónicos, históricos y culturales del batey Cunagua, el Centro Provincial de Patrimonio tuvo a bien proponer su declaratoria como Monumento Nacional con el fin de proteger tales bienes, y mediante la Resolución 172 del 7 de agosto del 2000 emitida por la Comisión Nacional de Monumentos de la República de Cuba, le fue otorgada tal condición como consta en los archivos del Centro Provincial de Patrimonio de Ciego de Ávila.

Paralelamente las zafras azucareras mostraban altas y bajas en lo referido a la eficiencia fabril, el consumo de petróleo y el alto costo de producción, de los más altos del país. Al iniciarse el llamado *Periodo Especial* en el año 1990, Bolivia era ya un ingenio crítico a nivel nacional y por eso cuando llegó la hora (mediados del año 2002) de que la provincia eligiera, de acuerdo a lo estipulado en el programa de aplicación de la llamada Tarea Álvaro Reynoso, este central tenía todas las de perder y estuvo dentro de los cinco ingenios que quedaron desactivados definitivamente. Luego fue desmantelado y utilizadas sus instalaciones a favor de otros centrales azucareros de la provincia y el país, así como en otros usos priorizados (Lima, *op. cit.*: 25).

Ante la drástica medida, la situación del mantenimiento y conservación de los inmuebles del batey se agravó y comenzaron las agresiones al patrimonio heredado, sobre todo en su centro histórico, con edificaciones atípicas que no dialogaban en lo absoluto con el entorno, a pesar de estar protegido por la ley.

Desde entonces y hasta la fecha no se ha respondido con acciones de envergadura para salvar y conservar tan legítima heredad, aunque han existido intentos por paliar la situación. El grado del deterioro acumulado y las características arquitectónicas del monumento y su magnitud implican un marco financiero de consideración y un estudio de factibilidad de la inversión a ejecutar. Limitaciones en el uso de recursos materiales y financieros del Estado y la negación a la iniciativa de actividad constructiva privada, aprueban la imposibilidad de mantener un asentamiento monumental, representativo por demás de una localidad y época que ha trascendido en la provincia. Es decir, se necesita una respuesta inmediata para restaurarlo como requiere y merece, o inevitablemente se negará el derecho a su condición de Monumento Nacional.

Esta es una obra que, por su magnitud, rebasa el alcance local del municipio y requerirá siempre del apoyo de la provincia y el país. Evitar proyecciones utópicas respecto a propósitos inalcanzables es una premisa inevitable, pero perpetuar las imágenes actuales de lo que fuera un batey de excelencia en Cuba, evidenciaría poca visión de futuro, desmotivación, indolencia y abandono ante nuestro patrimonio cultural.

En la actualidad la situación ha empeorado notablemente por las graves afectaciones que provocó el paso del huracán *Irma* por la costa norte de la provincia el año anterior, que batió con la fuerza de sus vientos al batey. Ante la posibilidad de que se solicite el retiro de la condición de Monumento Nacional, visitó Ciego de Ávila en el mes de enero y el 6 de abril de 2018 el Vicepresidente de la Comisión Nacional de Monumentos y representante del Consejo Nacional de Patrimonio de la República de Cuba, quien en compañía de dirigentes y funcionarios de la provincia acudió al batey de Bolivia, entrevistándose con los principales dirigentes del municipio. En el intercambio se constató que no existía aún una estrategia para encarar el enorme reto de la restauración y dar respuesta a las carencias de la población, ni se pudo explicar cuál era el presupuesto y las prioridades a llevar a cabo. No obstante, se indicó la importancia de la preparación técnica de las obras cons-



Imágenes 18 y 19. Hay que devolver la belleza al batey. Fuente: Archivos de la Oficina de Sitios y Monumentos del Centro Provincial de Patrimonio de Ciego de Ávila.

tructivas, las cuales deben realizarse con todo el rigor y calidad que un sitio como este necesita y se valoró la preocupación por el control urbano en el batey, pues no todos los problemas están relacionados con las afectaciones del huracán, también existen intervenciones inadecuadas.

Finalmente se sostuvo un encuentro en el Gobierno Provincial donde se analizaron estos asuntos y se indicó que «Nuestro criterio es que la condición del sitio como Monumento Nacional es salvable si se logra el rescate de sus principales inmuebles y se mantiene la trama urbana inalterable». El Consejo Nacional de Patrimonio Cultural brindó su disposición a colaborar tanto en términos de asesoría técnica para la ejecución de los proyectos, como con el financiamiento en divisas, siempre que el territorio garantice el contravalor.

Estos han sido parte de los avatares que ha sufrido el batey del antiguo central Cunagua. Conocedores de cómo la protección del patrimonio histórico, cultural y natural de la nación ha sido una preocupación constante en la política estatal cubana, esperamos que a pesar de los cuantiosos recursos que habrá que emplear para rescatar toda la belleza perdida de sus edificaciones y entorno que lo hacen uno de los bateyes más atractivos del país, las acciones de protección y conservación nos lo devuelvan para bien de todos.

7. MUSEO DE LA INDUSTRIA AZUCARERA AVILEÑA DEL CENTRAL PATRIA EN MORÓN

Desde que comenzó el proceso de reorganización de la industria azucarera cubana se tuvo en cuenta que era una tarea imprescindible crear museos cuya función fuera recoger, investigar, conservar, interpretar y presentar un conjunto coherente de elementos naturales y culturales representativos del territorio; además de reflejar las relaciones entre la población, sus actividades y el resto de la naturaleza a través del tiempo y del espacio de un territorio. Dentro de ese proceso, el por entonces ya inactivo central Patria o Muerte de Morón se sumó a otros siete que, en todo el país, fueron convertidos en museo por acuerdo del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural y la Comisión Nacional de Monumentos.

Para su habilitación se tuvieron muy en cuenta las consideraciones y propuestas del Centro Provincial de Patrimonio de Ciego de Ávila, con el objetivo de hacer del

Museo un factor facilitador de primera magnitud en la implementación de políticas de desarrollo sustentable a nivel local. Entre las líneas propuestas estaban las siguientes:

- ♦ Crear en lugar de un museo «de», un museo «para» la valoración, para la identificación, para profundizar en los elementos que componen nuestras raíces, para la concientización, para y en función del conocimiento y la divulgación de la historia y la cultura azucarera de nuestro país, la provincia de Ciego de Ávila y la comunidad donde se encuentra enclavado, potenciando la figura del comandante Ernesto *Che* Guevara, cuando en su condición de Ministro de Industrias orientó y dirigió personalmente el inicio del proceso de la mecanización cañera en Cuba, valiosa tarea que comenzó por la actual provincia avileña en 1961, constituyendo un viraje total en este importante sector de la economía nacional dirigido a afianzar la construcción socialista en la Mayor de las Antillas.
- ♦ Un museo abierto, participativo, esencialmente educativo y dinámico, ajeno a la acumulación estática de objetos que, partiendo del presente, trabaje en el reconocimiento del pasado y se proyecte al futuro enriqueciéndose de la historia y de la vida cotidiana. En lugar de estar al servicio del objeto, ponerlo al servicio del hombre, sin abocarse exclusivamente al patrimonio dejando a un lado el desarrollo.
- ♦ Las técnicas de presentación e interpretación deben ser modernizadas sin que esto implique un derroche incompatible con las realidades económicas, atendiendo a las características del público visitante que en su inmensa mayoría procede de otras latitudes del mundo que buscan en el ocio lo autóctono de nuestra cultura histórica, tanto en lo material como en lo inmaterial.
- ♦ La interpretación del patrimonio debe ser ágil, amena, con dominio del mismo, dirigido por personas que posean el don de la comunicación, que dominen la lengua nacional y, mejor, si practican correctamente otros idiomas, preferiblemente el inglés.
- ♦ Generar un sistema de evaluación que permita al museo determinar la eficacia de su acción con respecto a los visitantes y la comunidad.
- ♦ Estimular la motivación para la participación en las actividades del Museo a través de un dinámico plan de publicidad en los medios de comunicación

social, el acercamiento a instituciones y asociaciones profesionales, una dinámica política de relaciones públicas y la vinculación Museo-Comunidad, con programas escolares y de otra índole articulados con la institución.

- ♦ Organización de exposiciones y muestras concebidas para reforzar el sentimiento de autoestima y de dignidad de la población vinculada al sector azucarero y para contribuir, al mismo tiempo, a hacer conocer la vida histórica, social y económica de la provincia avileña.
- ♦ El Museo, como institución popular, debe salir de su recinto y ocuparse en mejorar la calidad de vida de cuantos viven dentro de su radio de acción y, al mismo tiempo, gestionar en la comunidad y otros lugares documentos, objetos, instrumentos, equipos, obras de arte y elementos de valor museográfico que engrose sus colecciones.

Estos fueron los objetivos, conseguidos en parte en función de las posibilidades y los medios disponibles para alcanzarlos.

Hoy la provincia cuenta con un Museo Azucarero ubicado en el paralizado central Patria o Muerte, ubicado en el municipio de Morón, único existente desde esta región central de la isla hasta el Oriente cubano, que abrió sus puertas en 2011, incluyéndose dentro del proyecto cultural de la UNESCO «La Ruta del Esclavo».

La institución, ubicada en una posición geográfica privilegiada con respecto al Polo Turístico Jardines del Rey, es visitada anualmente por miles de turistas extranjeros y cubanos que pueden apreciar desde un rústico trapiche, fogones y otras manifestaciones productivas y culturales del siglo XIX, incluidas escenas de la horrenda esclavitud, hasta manifestaciones danzarias afrocubanas, plantaciones de la dulce gramínea, una cosechadora de caña, piezas y partes del sistema ferroviario, el flujo productivo de la molienda de la caña mediante el tándem original del ingenio movido por energía eléctrica, contemplar la alta chimenea de la fábrica y más de veinte vistosas locomotoras y otros medios de transporte, para finalmente saborear un delicioso guarapo frío o un trago a partir de aguardiente o de ron, el hijo alegre de la caña, para de inmediato montar en un tren arrastrado por una máquina movida a vapor y pasear por la cruda naturaleza hasta llegar a un emblemático centro de recreación en medio de la campiña.

La excursión denominada «Tras las huellas del Azúcar» es la más vendida turísticamente en Ciego de Ávila y cientos de visitantes foráneos y nacionales disfru-



Imagen 20. Una atracción: «Por la ruta del azúcar», recorrido en tren tirado por locomotora de vapor. Fotografía de Antonio Ortega Ruíz.

tan de ella, aunque persisten, increíblemente, mecanismos diabólicos que no la hacen más placentera y educativa.

Resulta significativo el hecho de que en este central se hayan realizado cuatro Festivales de Locomotoras de Vapor, espectáculo único en el país que acaparó la atención de cubanos y extranjeros que se daban cita en el lugar para apreciar las bellezas y evoluciones de las *Damas de Negro*, verdaderas retadoras del tiempo. Ciego de Ávila llegó a poseer 120 de estas máquinas que acumulaban un potencial de arrastre ubicado dentro de los mayores del país y por ende generaron una cultura ferroviaria, imbricada con sello y derecho propio dentro de la propia cultura azucarera.



Imágenes 21 y 22. Museo del Central Patria: maquinaria industrial accionada por vapor, el tándem de moler la caña. Imágenes: archivo personal del autor.

El Museo del central Patria o Muerte es como un espejo que los avileños ofrecen a sus huéspedes para hacerse entender, un espacio de reflexión para comunicar el devenir social, económico, político, histórico y cultural de Ciego de Ávila, donde los vestigios del pasado se constituyen en un todo armónico, en perpetuo enriquecimiento, por medio de un diálogo abierto entre los intereses del presente y las aspiraciones al futuro.

Aún queda mucho por hacer, obstáculos que superar, incomprendiones, mecanismos burocráticos que desterrar. Hay que luchar sin descanso para la toma de conciencia en función de que el Museo pueda ser el foro de intercambio de ese diálogo, donde el patrimonio precedente se utilice como parte de un sistema activo de preservación del medio y se tenga en cuenta para el planeamiento del desarrollo, propiciando la integración de los elementos dinámicos nuevos, a partir de legitimar conocimientos del pasado que se constituyan en valores que sostengan las formas de vida del futuro. Sobre esta base, la institución puede convertirse en un factor facilitador de primera magnitud en la implementación de políticas de desarrollo sustentable a nivel local y adjudicarle un nuevo papel como propiciador no solo de la existencia del legado recibido, sino también como promotor y difusor de los valores de la herencia vital que debemos dejar a nuestros hijos.

8. A MODO DE CONCLUSIONES

Los apuntes relacionados con el patrimonio histórico cultural azucarero de la provincia de Ciego de Ávila no son concluyentes, constituyen solo un breve acercamiento a una riqueza material y espiritual acumulada a lo largo de la historia en casi todo su espacio territorial, significando que dicha cultura es la más joven del país y no por ello deja de mostrar aspectos de significativo interés, los que han contribuido a su enaltecimiento a nivel nacional. Muchos ejemplos pudiéramos citar que justificarían esta afirmación, baste algunos de ellos:

- ♦ Las luchas obreras y sindicales en centrales y colonias cañeras y un líder de la talla de Enrique Varona González, a quien Julio Antonio Mella calificara como «General de los bisoños ejércitos proletarios».
- ♦ El impacto de la cultura transmitida por los obreros inmigrantes de Haití, Jamaica y otras islas del Caribe en casi todos los actuales municipios de la provincia, destacándose Baraguá, Venezuela, Primero de Enero y Bolivia, y su asimilación por parte de la población asentada en esas comunidades, incluso marcando la identidad de las mismas.
- ♦ Magnificencia de edificaciones en bateyes azucareros que se destacan por su regia arquitectura, tal es el caso de la casa o palacio del administrador del otrora central Stewart (Venezuela) única de su tipo en Cuba o el repertorio habitacional y otras construcciones del central Bolivia, Monumento Nacional.
- ♦ Restos y evidencias del Patrimonio industrial azucarero como chimeneas, locomotoras, sistema ferroviario, equipos de transportación de caña y azúcar, partes, piezas, maquinarias, etc., así como de la agricultura cañera.
- ♦ Valiosa documentación en archivos de centrales azucareros.
- ♦ Mantenimiento en activo de la Liga Azucarera de Béisbol en los centrales, deporte favorito en bateyes de ingenios y áreas rurales desde el nacimiento de la producción azucarera en el siglo xx. Fue en estos espacios donde mejor se practicó el pasatiempo nacional y donde surgieron las principales figuras que engrandecieron este deporte en Cuba.
- ♦ Ser la cuna del proceso nacional de la mecanización cañera después de 1959, obra del comandante Ernesto *Che* Guevara quien en su condición de Ministro de Industrias lo inició personalmente operando una de las primeras máqui-

nas surgidas del talento de los obreros azucareros avileños. En su empeño el *Guerrillero Heroico* visitó los centrales Venezuela, Patria, Ciro Redondo y Primero de Enero. Se mantiene como ejemplo de la titánica tarea el Sitio Histórico La Norma, donde se levanta un obelisco, ya que por este lugar inició en febrero de 1963 la jornada de trabajo voluntario más extensa que realizara en Cuba, concluyéndola en el central Venezuela.

- ♦ Visitas del líder histórico de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz, inaugurando el primer pueblo construido por la Revolución en una Cooperativa Cañera, el primer Centro de Acopio destinado a transformar la cosecha cañera en Cuba, así como sus múltiples encuentros con trabajadores en centrales azucareros y zonas agrícolas cañeras.
- ♦ Haber instaurado el único movimiento sociocultural de características técnicas del país, representado por «La Maestría de Azúcar», obra del ingeniero Miguel Lima Villar, benefactor de la cultura azucarera.
- ♦ Poseer uno de los Ingenios Museo con que cuenta el sector azucarero en Cuba, el del Central Patria, señero en el centro y Oriente de la Isla.
- ♦ Ser la única provincia en el país que ha desarrollado veinte encuentros científicos sobre el Patrimonio Histórico Azucarero, donde se acumulan más de 300 ponencias que abordan con rigor diversos temas de la historia y la cultura azucarera avileña.

Nada mejor para cerrar que citar al poeta, ensayista y etnólogo Miguel Barnet, Presidente de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba (Barnet, 2005: 12-14)

El azúcar vino a Cuba. La cultura que se generó en su ámbito, conforma hoy la cultura Nacional. El Batey, coto cerrado, célula fundamental, contribuyó a la fusión integradora de todos los valores originados en nuestro país. Ahí se fundieron las corrientes básicas de nuestro ser, como antes se habían encontrado las de origen africano en el barco negrero, en el barracón, en los cabildos y finalmente en el solar, donde se dan el abrazo definitorio todas las manifestaciones que componen nuestro acervo espiritual y material [...]. El azúcar hasta hace poco, hasta ayer diríamos, fue nuestra principal industria. Ahora ya no lo es [...]. ¿Qué efecto traumático traería esto a nuestra nación?, ¿hasta dónde nuestra cultura se afectará con este cambio tan inesperado y brusco? ¿Qué será de nosotros en los próximos años? ¿Qué sustituirá

al azúcar? ¿Cómo saldremos de esta dramática coyuntura? ¿Qué cultura generará el turismo? Lo que ya nació y se desarrolló en plena expresión e identidad ¿se mantendrá vivo? Ya dejamos de ser naturaleza para ser historia, pero ¿esa historia resistirá los cambios políticos, las convulsiones sociales, los sismos personales? Pienso que efectivamente, el azúcar enriqueció al país en la cultura, en el patrimonio que dejó. Pero desde el punto de vista económico no nos ayudó, porque la riqueza que se producía en los campos de caña venía para La Habana o se iba para los Estados Unidos, o para España [...]. Pero la industria azucarera no va a desaparecer, y se va a mantener, aunque de forma quizás más limitada, más precaria, lo que contribuirá, desde luego, a preservar también toda la riqueza que se creó en ese ámbito, y todo el

Imagen 23. Museo del Central Patria: locomotoras de vapor restauradas. Fotografía de Antonio Ortega Ruíz.



patrimonio material que con tanto orgullo defendemos. El pueblo cubano creó sus mitos como todos los pueblos, creó su imaginario como todos los pueblos, y ahora tendrá que readecuarlos a la nueva realidad, más compleja y desafiante. Sé que lo hará y que nuevas expresiones surgirán de su capacidad creativa. Sin embargo, costará trabajo acostumbrarnos, de todas maneras, a pasear por el campo cubano y no ver una torre de ingenio echando humo; extrañaremos el olor dulzón de la melaza y el pito del ingenio.

BIBLIOGRAFÍA

- COLECTIVO DE AUTORES (1990). Obra Científica del municipio de Venezuela, Inédito.
- COLECTIVO DE AUTORES (1991). Obra Científica del municipio de Baraguá, Inédito
- COLECTIVO DE AUTORES (2005). *Catauro*, *Revista cubana de antropología*, año 6, enero-junio, n.º 11, La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- GACETA OFICIAL DE LA REPÚBLICA DE CUBA (1913-1917-1921). Archivos del central Venezuela, Ciego de Ávila, Cuba.
- GONZÁLEZ, R. (1978). *La fiesta de los tiburones*, 2 tomos, La Habana: editorial de Ciencias Sociales.
- LIMA, M. (2016). *Historia de la producción y cultura del azúcar en la provincia de Ciego de Ávila*, Investigación, Ciego de Ávila: Oficina de Comunicación Institucional de la empresa Azcuba.
- MARTÍNEZ, J. L. (2013). «Ciego de Ávila: sede de encuentro nacional de Patrimonio Histórico Azucarero», periódico *Trabajadores*, p. 3, La Habana.
- MORENO, M. (2014). *El Ingenio*, tomo II. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- PERIÓDICO *El Pueblo* (1921). «La inmigración de la muerte», edición del 17 de junio, p. 1. Ciego de Ávila: Imprenta de Arredondo y Hermanos. Colección de la Biblioteca Provincial Roberto Rivas Fraga.
- SUÁREZ, J. M. (1989). *Azúcar-identidad-comunidad*, Investigación. Inédita.
- . (2005). *Con el arcón a cuestras*, Ciego de Ávila: Editorial Ávila.
- . (2012). *Crímenes en la Memoria*, Ciego de Ávila. Editorial Ávila.
- . (2014). «Inmigrantes haitianos en el sur avileño», *Cuadernos de Historia avileña IX*, Ciego de Ávila: Editorial Ávila.
- . (2015). «Propuesta para insertar a la provincia de Ciego de Ávila en la Ruta Nacional del Esclavo», investigación presentada al XVI Encuentro provincial y XV nacional del Patrimonio Histórico Azucarero.

FUENTES

- Archivos de la Oficina de Sitios y Centros Históricos del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Ciego de Ávila. Fondo: Documentos y expedientes varios relacionados con el batey del central Cunagua, Monumento Nacional, incluidos informes de visitas realizadas al sitio.
- Archivos del Museo Provincial coronel «Simón Reyes Hernández» Fondo: Investigaciones.
- Archivos del central Venezuela. Fondo: Compilación de ejemplares de la Gaceta Oficial de la República de Cuba (1913-1921).
- Archivos del central Venezuela. Fondo: Datos estadísticos de la producción azucarera de los centrales Stewart y Jagüeyal de 1914 a 1925, elaborados por el Laboratorio del central Stewart.
- Archivos del central Venezuela. Fondo: Planos de construcción de viviendas en los bateyes de la Compañía Azucarera Atlántica del Golfo.
- Archivos del central Venezuela. Fondo: Planos de construcción y otros datos de interés de la casa de vivienda para el administrador del central Stewart, 1920.
- Datos estadísticos sobre la producción azucarera de la región avileña durante la etapa republicana y desde 1960 hasta la actualidad, compilados por el autor.
- Archivos del central Venezuela: Fondo: Libros de nóminas de varias colonias cañeras del central Stewart.
- Archivos del central Venezuela: Fondos: Libro de inscripción de trabajadores extranjeros en la industria y las colonias cañeras.
- Adrián García Lebroc. Historiador e Investigador. Profesor Universitario. Entrevistas múltiples.
- Alberto Martínez Casimiro, más conocido como «Papa Upa», descendiente de haitiano. Integrante fundador del grupo danzario Okay. Entrevista realizada en su hogar del batey del central Venezuela, 18 de mayo de 1995.
- Carlos Docampo Barizonte. Dirigente sindical azucarero. Vivió en un batey cañero colmado de haitianos. Entrevista realizada en su hogar. Micro Distrito municipio de Venezuela, año 2000.
- Doralis Nuez González Directora del Centro Provincial de Patrimonio

- Cultural de Ciego de Ávila. Entrevistas múltiples.
- Miguel Lima Villar. Jefe de la oficina de Comunicación Institucional de la Empresa Azcuba, Ciego de Ávila. Organizador de los eventos del Patrimonio Histórico Azucarero y fundador del Movimiento de la Maestría de Azúcar. Entrevistas múltiples.
- José Manuel García «El chino». Investigador del Atlas de la Cultura. Rescató las fiestas tradicionales del municipio Venezuela. Entrevista realizada en su hogar del poblado del Quince y Medio el 16 de septiembre de 1995.

* Nota: Todos los testimonios citados obran en los archivos del autor donde aparecen contenido, fechas y lugares de realización.